

VI

EL TRIUNFO

(1847-1850)

1. Howden y Walewski.
2. El problema de Corrientes (1847).
3. ¿Francia con Brasil?
4. Gore y Gros
5. 1848.
6. Southern.
7. Lepredour

EL BIBLIOTE.COM

1. HOWDEN Y WALEWSKI

Caída del gabinete Peel (junio de 1846).

Desde su reorganización en diciembre de 1845 el gabinete británico agonizaba a la espera del colapso. La mala cosecha en Irlanda de 1845, continuaba en 1846, y la *gran hambre* se prolongaba e incidía en Gran Bretaña. La campaña de Ricardo Cobden con su *anti-corn league*, propugnando la libre entrada de trigo y cebada, se desenvolvía triunfalmente: la mayor parte de los liberales habían sido convertidos, y Peel, Aberdeen y Gladstone se inclinaban peligrosamente a una medida que perjudicaba a los *land-lords* conservadores. El príncipe consorte Alberto era decidido partidario de las ideas de Cobden, y convenció a la reina Victoria que el gran remedio para la falta de alimentos en las islas era permitir su entrada desde el continente. “Inglaterra era el taller del mundo, y el mundo la granja de Inglaterra”, clamaban los más nacionalistas de los partidarios de Cobden, mientras los industriales pensaban que una rebaja en el *standard* de vida les permitiría disminuir proporcionalmente los salarios.

En junio, Peel se decidió. Pese a la oposición de la *Joven Inglaterra* (extrema derecha del conservatismo encabezada por Disraeli y Bentick), que temía el trastorno social consiguiente a la pérdida de gravitación de los *land-lords*, llevó la ley de granos a decisión del parlamento. Apoyado en la mayoría de los liberales y una minoría de conservadores que le permaneció fiel, consiguió imponerla. Los desagracedos liberales le pagaron uniéndose ese mismo día a los *jóvenes ingleses* para dejar en minoría al gabinete.

Lord John Russell es llamado a formar ministerio. Vuelven los liberales, pero obligados a una política cautelosa porque no tienen mayoría en los Comunes y sólo pueden manejarse en la fisura de los conservadores. Palmerston, después de algunas dudas de Russell, fue nombrado nuevamente en el Foreign Office.

Palmerston había exteriorizado opiniones contrarias a la intervención en el Plata. Una presión diplomática, amable y hábil, sin dejar de mostrar la espada envainada, era lo más que podía hacerse con Rosas, a su juicio.

Los matrimonios españoles (agosto).

Hemos visto que la reina Victoria y Luis Felipe convinieron en el castillo de Eu que la reina Isabel de España no se casase con un Coburgo; y el duque de Mantpensier, el hijo de Luis Felipe, posterga su matrimonio con la infanta Luisa Fernanda hasta realizarse y fructificar el de su hermana mayor. Quedó descartado el matrimonio de Isabel con un hijo del rey de Nápoles, y el candidato más seguro parecía ser Enrique de Borbón, duque de Sevilla, hijo del hermano menor de Fernando VII.

Pero sea que Luis Felipe receló de un viaje del Coburgo por España, o que Guizot creyese que los liberales no cumplirían el compromiso de Eu, lo cierto es que apenas vuelto Palmerston al *Foreign Office*, Guizot dio orden al embajador francés en Madrid, Bresson, de valerse de su influjo con la reina madre María Cristina para casar a Isabel II con Francisco de Borbón, duque de Cádiz, al mismo tiempo que Montpensier lo haría con Luisa Fernanda. Haber suplantado a don Enrique por don Francisco en el tálamo de la reina, era condenarla a la esterilidad porque las inclinaciones afeminadas del infante eran conocidas. De esta manera la sucesión del trono de España iría a los hijos de Luisa Fernanda con el hijo del rey de los franceses.

El 27 de agosto súbitamente, “en cielo sereno”, se anunciaron las dobles bodas, para bendecirse el 10 de octubre: casi una *hecho consumado*. A los ingleses sólo les quedó el derecho de enojarse. La reina Victoria llamó “infame” la jugada; escribió a Leopoldo de Bélgica, yerno de Luis Felipe, que “el buen rey se ha portado muy deshonestamente” y la conducta de Guizot era “vergonzosa y sucia”. Nada pudo hacerse, y el 10 de octubre estaban consagrados los matrimonios españoles, y derrotada la influencia inglesa en la península.

El comodoro Hebert en Buenos Aires (octubre).

La primera medida del gabinete Russell en el Plata fue el reemplazo de Inglefield, responsable de la ocupación del Paraná, por el comodoro Thomas Hebert. El nuevo comandante llegó en octubre, y se apresuró a pedirle a Rosas el canje de prisioneros de la expedición de Honthan (el capitán Charles Fegen y los tripulantes del *Federal* tomados en el *Quebracho*) por los heridos y las cantineras recogidos en Obligado. Rosas accedió el 9 de noviembre: devolvió a Fegen y los suyos con su equipaje cuidadosamente inventariado, menos el colchón —decía irónicamente la nota de Mansilla— “usado por el ex comandante inglés que ha sido represado por su legítimo dueño el subteniente Pedro Starost”.

Bustamante entiende que Fegen no era *prisionero de guerra* sino huésped, y dice que el gobierno inglés “en prueba de la retrogradación de su política devolvió cuatro prisioneros argentinos; devolución espontánea que no pudo ser correspondida por la sencilla razón que Rosas *los había hecho degollar a todos* como al guardiamarina Wardlaw”.

La *Gaceta Mercantil* presentó el 14 el canje como una prueba “del nuevo estado de las relaciones entre Gran Bretaña y la Confederación Argentina después de la misión del caballero Hood”. Hebert bajó a tierra y pidió ser admitido en el salón de Manuelita el 18 de noviembre, de cuyo círculo se hizo concurrente.

Puede conjeturarse, aunque los diarios no lo dicen, que asistiría con *la Niña* el 18 de noviembre a la función del Victoria para aplaudir la comedia *Caer en el garlito* y el sainete de fin de fiesta *Las tramas de Garulla* que se dieron esa noche.

Hood en Londres (noviembre).

El *Gorgon* navegaba con Hood hacia Plymouth sin batir la marca del *Devastation*, tal vez porque no interesaba apurar el regreso del comisionado a Londres. Pero algún día debía llegar, y el 12 de noviembre estaba Hood en Inglaterra. A poco entrevistaba a Palmerston informándole del desafuero cometido por Ouseley e Inglefield.

Palmerston debió responder el 26 de agosto a una interpelación en los Comunes sobre la misión Hood que “aun no había recibido noticias... pero no dejaba de tener esperanzas que los pasos dados por el anterior gabinete tuviesen buen resultado”. En diciembre daba su impresión sobre el conflicto en nota a Normanby, su embajador en París: “Creo que es importante... cerrar este asunto con un tratado de paz entre ambas naciones y Rosas”.

El bloqueo era ilegal para Palmerston, y sus inconvenientes recaían exclusivamente sobre los ingleses. Los intereses británicos perjudicados, movidos con habilidad desde Palermo, habían contribuido no poco a la caída de Peel y Aberdeen. Era mejor la paz con el peligroso Rosas, pero indudablemente las bases que el Restaurador argentino hizo firmar a Hood iban más lejos de lo aceptable. Palmerston comprendió que debía procederse con Rosas jugando hábilmente las cartas: si no se lo había reducido por una demostración naval a la manera de China en la guerra del opio, debía mandársele una *demonstración diplomática* de gran envergadura que diera al traste con sus picardías de gaucho taimado. Aberdeen había recurrido a Hood, un antiguo cónsul en una ciudad de tercer orden ligado a intereses financieros. Fue un gravísimo error del que Rosas sacó gran provecho. Debería mandarse a Buenos Aires dos personalidades que impresionaran y apabullaran al gobernante sudamericano.

El 20 de noviembre, en correspondencia —bastante etiqueteada— con Guizot propone Palmerston una nueva y *fastuosa* misión al Plata. Un hecho nuevo impresionaba al francés: Urquiza se había pronunciado el 15 de agosto contra Rosas y a esas horas tal vez estuviese inaugurada la república de la Mesopotamia, que cambiaba el panorama y significaba el triunfo de la intervención.

La opinión en París y Londres.

A la llegada de Hood en noviembre, en París y en Londres se vivía bajo la distinta impresión de Obligado: belicista aquélla, pacifista ésta. De la *entente* poco se hablaba, porque parecía quebrada en Europa; otra cosa era en América donde la sociedad continuaría hasta finiquitarse el negocio.

En París el *Journal des Débats*, oficioso de Guizot, echaba la culpa del fracaso de la misión Hood a Rosas “por su empeño en hacer reconocer a Oribe como presidente”. *Le Constitutionnelle* de Thiers clamaba “en nombre de la humanidad” para “no prolongar por más tiempo ese estado de incertidumbre y duda. ... O debéis —decía al gobierno— declarar francamente que abandonáis a su suerte a los franceses de Montevideo y permitir que Rosas restablezca por la matanza el orden y la unidad en el Plata, o llevad a cabo vuestra intervención. Se ha dado un combate en Obligado, habéis dado con ese motivo grados y honores, ¿cuál era el objeto de ese combate?”. *La Réforme* plañía: “¡... Hemos doblado la rodilla, la rodilla del miedo, delante de un bandido... que ha negado el tratado Mackau hollado por los caprichos de su dictadura salvaje”.

En Londres el *Times*, después de un largo silencio, criticaba la misión Hood porque, oficialista siempre, era ahora liberal y atacaba a Aberdeen: “Consideramos la *inceremonious mission* del señor Hood como un hecho que burla toda explicación... la experiencia ha enseñado, aun a los más egoístas, que las concesiones débiles sólo conducirían con Rosas a complicaciones más serias”. Esperaba una demostración *pacifista* pero *seria*.

Los interventores.

En Londres se buscó a una gran personalidad, John Hobart Caradoc, barón de Howden, miembro de la cámara de los Pares; por Francia iría el mejor de sus diplomáticos disponibles, Alejandro Florian José Colonna, conde de Walewski, hijo de Napoleón el Grande, que acababa de llenarse de gloria al solucionar el problema de Egipto. Howden, terminada su misión en Buenos Aires, debería ir a Río de Janeiro a conseguir la prórroga del tratado de tráfico bajo la amenaza de aplicarse el *bill Aberdeen*.

Howden había nacido en Dublin en 1799. Edecán de Wellington a los 15 años, hizo una brillante carrera militar hasta que debió retirarse del servicio al quedar herido en Navarino en 1827. Entró en la diplomacia desempeñando varias misiones en Europa. Tenía la ventaja de hablar correctamente español.

Walewski, hijo de Napoleón y de María Walewska, había nacido en el castillo de Malesci en Polonia en 1810, y se naturalizó francés para iniciar en el París de Luis Felipe, tan lleno de la gloria de su padre, una brillante carrera. Lo ayudaban sus dotes de hombre de mundo y sus condiciones de escritor y político. Iniciado en las armas, las trocaría por la diplomacia después de un matrimonio ventajoso que le permitió disponer de una gran fortuna. Su actuación en Egipto había sido deslumbrante; Mehemet Alí nada pudo negar al hijo de Napoleón que le recordaba el esplendor de *las Pirámides*. No hablaba español, y en eso el inglés le llevaba ventaja.

Las instrucciones fueron redactadas ingenuamente para engañar a Rosas: los gobiernos de Londres y París *aceptaban sus correcciones* a las bases llevadas por Hood, “introduciendo solamente algunas modificaciones ventajosas para los generales Rosas y Oribe” No era verdad, pero se esperaba envolver a los criollos con frases amables. Prescribían: a) contentar a Oribe diciendo que “se arrogaba el título de presidente” pero no nombrarlo como tal como había hecho Hood, b) no reconocer la soberanía argentina del Paraná en previsión de una independencia de la Mesopotamia, c) las fuerzas interventoras desarmarían las legiones extranjeras de Montevideo *al tiempo de evacuar el territorio oriental las divisiones argentinas*, d) habría un armisticio al iniciarse las negociaciones, e) el bloqueo se levantaría indefectiblemente, aunque hubiese dificultades con Rosas, f) se re conocería la soberanía de ambas repúblicas “en paz y en guerra iguales a las de Gran Bretaña y Francia” con la salvedad de las bases Hood que Rosas no había aceptado, g) el presidente oriental se elegiría en elecciones libres, h) habría *un solo tratado* conjunto de los comisionados con Rosas, Oribe y Joaquín Suárez.

Howden recibió de Palmerston *instrucciones verbales* que no trascendieron, pero es presumible fuesen de obrar con prescindencia de su colega, si llegaba el caso ¹.

No habla cláusula del desagravio a la bandera, que a Palmerston y a Guizot les pareció, ahora, demasiado fuerte por significar una humillación ante la Argentina que difícilmente aprobarían los parlamentos. Pero no se la reemplazaba por una indemnización, como en las primeras bases de Rosas a Mareuil.

A Hebert fueron instrucciones del almirantazgo de retirar la escuadra del Paraná, que ya lo había hecho. Nada semejante se dijo al contralmirante Fortuné Joseph Hyacinthe Lepredour, que iría con Walewski para reemplazar a Lainé.

Howden y Walewski en el Plata (mayo de 1847).

Walewski y Lepredour viajaron en el vapor de guerra *Cassini*. En Brasil supieron que no se había producido la independencia de la Mesopotamia, y la situación de Montevideo era angustiosa. El 6 de mayo llegan allí, y visitan a las autoridades en señal de reconocimiento. Queda en Montevideo Lepredour, y el conde sigue a Buenos Aires, desembarcando el 8. Howden arribará el 10 en el vapor de guerra *Raleigh*, sin recalar en Montevideo. Con la llegada de los comisionados la onza de oro baja a 293.

Walewski, que viajaba con su familia y gran séquito —como se le había recomendado—, se instala fastuosamente en una casa de la calle Cuyo (hoy Sarmiento) porque tenía el propósito de dar lucidas recepciones. Howden, que venía solo, lo hará en el Hotel de Provence, calle de la catedral (San Martín).

La rivalidad de ambos diplomáticos y su distinto procedimiento de diplomatar se mostraron inmediatamente. Walewski puso expectativa a su recepción, y quedó a la espera que se le fijase audiencia para presentar sus credenciales. Howden se hizo llevar campechanamente por Hebert a la casa de Arana y lo trató de *amigazo* con efusiones y palmoteos en la espalda. Arana informará a Rosas que “los modales del lord, su desenvoltura y trato fácil y franqueza, hacen de él un hombre digno de confianza”.

El francés, al encontrarse adelantado por su colega, se precipitó una hora después en casa de Arana con su secretario Brossard dejando para otra oportunidad su recepción oficial. Pero el inglés le había ganado de mano y se había puesto a tono con el país, lo que resultaba difícil al hijo de Napoleón. “La misión inglesa —informa Arana a Rosas— por su franqueza y ausencia de ceremonia dejó muy atrás a la misión francesa”.

Rosas difiere la recepción, pero Howden le “toma el lado de las casas” llegando a Palermo por Manuelita, a quien presenta las cartas de Sarratea. Para no ser menos, Walewski debe prescindir de ceremonias e ir a lo de Rosas con un intérprete. El inglés le está ganando todas las bazas.

Negociaciones.

El 11, a los dos días de llegado Howden, empiezan las negociaciones. Los diplomáticos han presentado notas separadas pero de idéntico tenor. Son almiradas y prometedoras: vienen a concertar la paz definitiva “de acuerdo a los artículos presentados por Mr. Hood”, que corregidos por Rosas fueron llevados a Europa. Palmerston y Guizot “los han tomado en consideración y han resuelto acceder a la demanda de los generales Rosas y Oribe”. En consecuencia van a levantar el bloqueo y cesar las hostilidades. Sólo para “ultimar detalles” quisieran conversar con Arana.

El ministro argentino los cita el 13, a las dos de la tarde, “en la casa de su morada calle Representantes n° 153”. Repiten los comisionados que han venido a poner en vigencia las bases Hood modificadas por Rosas, y aprobadas por sus gobiernos. Solamente que no han sido redactadas con las formalidades de estilo y debe dárseles el tono preciso, pues si no los protocolos deslucirían en las cortes europeas. Arana acepta “si como debía esperarlo, al reducirse a convención, no eran alteradas”. ¡Oh, no! sólo pequeñas formalidades que Rosas y Oribe agradecerán.

El 14, siempre por notas separadas, Howden y Walewski presentan “la nueva forma”. La paz era conjunta de ellos, Rosas, Oribe y Joaquín Suárez: Oribe *titulándose ser Presidente de la República Oriental*, y Suárez *Presidente provisorio de la República Oriental*. Su objeto, según el preámbulo, era “poner término a las hostilidades y confirmar a la República Oriental en el goce de la independencia”. En ocho artículos se disponía el desarme de la legión extranjera por los jefes navales, que la navegación del Paraná y Uruguay “se halla sujeta a las leyes territoriales de las naciones aplicables a las aguas interiores” y nada decían del saludo a la bandera.

Arana llevó la nueva convención a Rosas. “Los proyectos dirigidos por S.S.EE. los señores ministros diplomáticos están tan alejados, son tan diferentes de las bases Hood como el cielo lo es del infierno”, fue la respuesta de Rosas. “Después de las notas que esos señores han presentado a nuestro gobierno hay que tener coraje para presentar semejantes proyectos”...

Mientras tanto, Howden hace *la conquista de Rosas* (Walewski, por su carácter más activo y preocupaciones familiares por enfermedad de una hija, se retrae). El inglés frecuenta Palermo y agasaja a Manuelita; excelente jinete como buen *gentleman farmer*, organiza cabalgatas a Santos Lugares con la Niña y su comitiva presentándose de poncho, sombrero de alas cortas a la manera porteña y montado en caballos de la marca de Rosas con recado, filete, rebenque de cabo grueso y corta sotera, estribos de poco calce y espolines de plata. Corteja a Manuelita y le escribe declaraciones amorosas. Habla con Rosas (que no quiere tratar directamente los asuntos diplomáticos) de temas que gustan a éste: caballos, pariciones de vacas, indios. Para no ser molesto y sabiéndolo muy ocupado, lo visita a la hora del mate, que el inglés parece ingerir con placer. Es su manera de diplomatar. El francés, según su biógrafo Duprey, le criticaba que “se hubiera entregado a la camarilla de Rosas, vistiese a la criolla, cabalgara a lo gaucho... contraproducentes deroga clones a la dignidad del representante de una gran nación”. Era también su manera de diplomatar.

La respuesta argentina demora, pero parece que el dictador está subyugado por el encanto de ambos aristócratas. El 20 Howden da una gran cena en su hotel en homenaje a la reina Victoria, adelantando la fecha —que es el 24— para no coincidir con los festejos

¹ Howden, para conocer quién era Rosas y proceder sobre seguro, después de entrevistarse en Inglaterra con Parish, Mandeville y Moreno, hizo un viaje a París a conversar con Sarratea y San Martín.

de Manuelita que celebra su cumpleaños el mismo día. Walewski, por la enfermedad de su hija, no puede hacer lo mismo en la fastuosa residencia alquilada. El 24 Howden asiste a la fiesta de Manuelita y va con ella y su comitiva al palco del teatro de la Victoria donde se representa, a pedido de la Niña, la comedia *Halifax o Picaro y honrado* y el sainete *En paz y fugando*. El 25 hay un gran desfile por la fecha patria, y Howden y Walewski —aquél en su uniforme de coronel británico y éste de mayor del ejército francés— revistan 4.000 soldados y 30 cañones, que Bustamante les critica desde Montevideo porque Rosas ha tenido la humorada “de ostentarles su poder en el momento en que se negociaba”. A la noche es la función de gala, y Howden está muy contento porque Rosas le ha mostrado una carta para Sarratea donde habla de “las calidades que lo adornan (a Howden) y la manera franca y decorosa con que se ha conducido en los primeros pasos de su arribo, desembarco y visitas oficiales y muy amistosas al señor ministro de relaciones exteriores, a Manuelita y a mí”. Aplauda el drama *El idiota o el subterráneo de Heliberg* que Rosas ha elegido para la función de gala.

El 28, Arana les hace llegar las objeciones de Rosas a su proyecto. Aunque eran las “bases Hood trasladadas a un lenguaje diplomático”, no puede aceptarlo: Inglaterra y Francia no son garantes de la independencia oriental, y la Confederación —que sí lo es— no acepta que hablen de *confirmar a la R. O. en su independencia*. Para la Confederación el señor Joaquín Suárez no es “presidente de la República Oriental” y no va a darle ese tratamiento en una convención, tanto más cuando en las bases Hood se lo llamaba *gobierno de Montevideo*. En las bases, la Argentina difería el retiro de sus tropas a la aceptación de Oribe de la que eran auxiliares y “acordarlo en un acto simultáneo era desdorado para el legítimo Presidente oriental”. No encontraba conveniente variar el desarme de las legiones extranjeras que en las bases haría el gobierno de Montevideo y en el nuevo proyecto los almirantes extranjeros; no aceptaba suprimir el desagravio al pabellón argentino, “*estipulación esencial* porque a ese saludo circunscribía el gobierno argentino las satisfacciones debidas al honor y soberanía de la Confederación ultrajada por una intervención armada que capturó en plena paz la escuadra argentina, se posesionó por la fuerza de sus ríos, invadió el territorio y destruyó vidas y propiedades en una serie de agresiones injustas”. Debería decirse claramente, como en las bases, que la navegación del Paraná era *exclusivamente*

argentina sujeta a sus leyes y reglamentos, lo mismo que la del Uruguay en común con la República Oriental; no era clara la redacción de los comisionados “cuando sólo se trata de reconocer un derecho perfecto de la soberanía argentina y oriental (la jurisdicción de los ríos)”. Se había omitido la reserva de las bases Hood sobre las causas de la intervención de Inglaterra y Francia “que bajo iguales circunstancias habrían sido aplicables a ambas potencias”, por cuanto la Argentina había agregado que lo *discutiría oportunamente*, ya que no aceptaba que “subsistiese para lo futuro la legitimidad de semejante intervención”. La amnistía a los habitantes de Montevideo era un acto privado de la soberanía oriental, y la Confederación no debía inmiscuirse en ella. No aceptaba, finalmente, que se suprimiese la cláusula final de las bases Hood de abandonar Montevideo a su suerte si no aceptaba la paz.

Howden y Walewski vieron desmoronarse su artesanía diplomática. No habían conseguido enredar a Rosas ni modificar un ápice su posición. Protestaron el 3 de junio que sus intenciones eran pacíficas y habían tomado las bases Hood como “piedra fundamental” de su proyecto; si debieron introducir *algunas* modificaciones era “para asegurar y confirmar la independencia de la República Oriental”, contemplando los mejores beneficios de Rosas y Oribe. Sin embargo, llevados de su “alto espíritu de comprensión” daban a elegir en lo referente a la navegación del Paraná entre la primitiva propuesta de Hood, desechada por Rosas (“el río es argentino mientras corra por riberas argentinas”) o una nueva redacción (“sujeto a la Ley general de las naciones”) ².

El 13 de junio, Arana se mostró complacido por las expresiones pacíficas, pero entendía no “poderse encontrar otra fórmula de arreglo que salven los inconvenientes” que las bases Hood, repitiendo la expresión que eran la “piedra fundamental de la negociación, dicha por Howden y Walewski.

Como la vía escrita no daba resultados, los comisionados pidieron hacerlo personalmente porque hablando la gente se entiende. El diálogo epistolar con Arana les resultaba inconveniente porque sabían que detrás estaba Rosas. Desde el 14 entrevistaron a Arana, llevando Walewski (que no hablaba inglés ni español) la palabra en francés, porque las entrevistas fueron sin intérpretes. Howden y Arana hablaban correctamente el francés.

Se rompe la negociación.

Se empezó por discutir el título a darse a Oribe, encontrándose una fórmula de arreglo: el gobierno argentino lo llamaría “presidente legal” y los interventores “general”; a la inversa con Joaquín Suárez, “señor” para la Confederación y “presidente provisorio” para Howden y Walewski ³. Después se pasó a la *navegación del Paraná*; Arana exigía el reconocimiento de su argentinidad, sin mencionarse la posibilidad de una independencia de la Mesopotamia, ni escaparse con la frase “ley territorial de las naciones”; pero Howden y Walewski dijeron que la fórmula propuesta por ellos “había sido objeto de largas correspondencias entre los gobiernos de Inglaterra y Francia y se “consultaron varios juriscultores”. Aquí murió la negociación; Arana quedó en consultar con Rosas, pero dijo que el reconocimiento de la argentinidad y plena soberanía del Paraná era “esencial”. Al otro día, 28 de junio, hizo saber la respuesta de Rosas: efectivamente era “*un punto gravísimo* donde no podía andarse con «medias tintas», tanto más cuando el gobierno pedía lo que no podía negársele ni cuestionarse”. No pudo seguirse adelante.

² “En vez de afirmarse que el río Paraná estaba sometido a la legislación del país —comenta Pereyra— se diría que lo estaba a los principios de la ley general de las naciones (de las naciones fuertes), o sea a los 85 cañones que apagaron los fuegos de las baterías de Obligado”.

³ Arana cometería un *lapsus* que motivará una reprimenda de Rosas. Según Duprey, historiador de Walewski (*Un fils de Napoléon*), Arana aceptó que el gobierno argentino reconocía *actualmente* al general Oribe como presidente de la República Oriental”. Rosas se molestó con el ministro, y le escribió que al leerle Arana el artículo “no quise dar libre curso a mi cólera por estar en casa de V.S. y V.S. enfermo”, pero la *represión* le impidió dormir esa noche y “hoy estoy deprimido y tengo escalofríos y lo atribuyo a que me reprimí y concentré en una tan grande contrariedad”. Prescindiendo de Arana, Rosas se presentó personalmente en casa de Walewski donde, cuenta Duprey, “revelóse dialéctico notable para conducir con mano maestra una larga y cálida discusión en la que anula la concesión hecha por Arana”.

El 10 de agosto la *Gaceta Mercantil* habló de la *penosa sorpresa* de las proposiciones de los diplomáticos: “... exigiendo el reconocimiento de la inaudita legalidad en la rebelión de los salvajes unitarios, la anulación del carácter y derechos del Presidente de la República Oriental, instituido en su origen por la nación oriental y sostenido heroicamente por ella, el sacrificio de las prerrogativas de soberanía e independencia de ambas repúblicas, el abandono de los esenciales derechos de imperio y dominio sobre los ríos interiores de ellas, y la sanción de la intervención europea en la política, en la guerra, en todos los negocios de los estados americanos”.

Al día siguiente, 30, la *Gaceta Mercantil* comentaba: “¿Piensan los salvajes unitarios que habíamos de celebrar ni admitir una paz injusta o que inutilizase los heroicos trabajos que ambas repúblicas del Plata han empleado para restablecer en ellas el orden legal y asegurar su independencia y libertad? Están engañados”.

Los comerciantes ingleses que hablaron con Howden informaron que “la negociación estaba rota, *por ahora*”, a la espera que Rosas recapacitara.

“La situación de Buenos Aires se hizo muy crítica —comenta Bustamante—; en ninguna ocasión se experimentaron más perjuicios en el comercio y en todas las transacciones que en aquellos momentos tan difíciles de describir”. La onza saltó de 293 a 381 y el comercio se puso contra Rosas a cuya intransigencia atribuía el fracaso. El 15 de julio Pedro de Angelis escribe a Guido: “El mal éxito de la última negociación ha envuelto al país en una *crisis comercial de muy grave trascendencia* y sigue con fuerza en este momento destruyendo las pocas fortunas que se habían salvado de los conflictos anteriores”.

No se había hecho la paz, pero Walewski esperaba que la presión de los comerciantes perjudicados por la baja que siguió al fracaso “y agotan las últimas fuerzas de este cuerpo extenuado”, hiciera que Rosas acabara por allanarse; según Duprey, “no estaba muy afectado por el fracaso de las negociaciones” que consideraba sólo aparente. Pero Howden, por haber tratado más tiempo a Rosas, no era optimista: “Una vez que aquí se adopta una idea, se vuelve irrevocable”, escribe a Palmerston el 30.

Los comisionados en Montevideo (julio). Negociación para un armisticio.

El 4 de julio Howden, después de despedirse amablemente de Rosas, Manuelita y Arana (aquél le regaló unas armas indias para su colección), viajó a Montevideo en el vapor *Alecto*. El *British Packet* lo despidió el 3 con un fuerte editorial llamando *rapaces despojantes de los derechos de la República Argentina* a los comisionados, para que todo no fueran flores a su partida. El 7 llegaba a Montevideo Walewski en el *Cassini*, con su familia y el personal su legación, después de esperar inútilmente que Rosas recapacitase.

Si Howden había fracasado con el Restaurador argentino, podía tal vez ganar con Oribe separándolo de Rosas. Era una política sostenida por Rivera, que contaba con el apoyo de muchos blancos. La *guerra grande* se prolongaba nueve años, desde 1838, y todos querían la paz.

Howden y Walewski pasaron al campo sitiador (desde mayo existía un armisticio tácito) con proposiciones de paz que Oribe rechazó: se negó a levantar el sitio, pero aceptaba un armisticio de seis meses, siempre “que se levantase el bloqueo”. Howden y Walewski esperaban que durante ese tiempo podría encontrarse una solución entre los orientales, prescindiendo de Rosas.

Tras algunas dudas, Oribe acabó por aceptar — 13 de julio— un armisticio bajo cuatro bases: a) no habría hostilidades durante seis meses, b) las tropas mantendrían sus posiciones, c) se facilitarían víveres a Montevideo a razón de 1.500 reses por mes, d) se levantarla el bloqueo en ambas márgenes del Plata. Al día siguiente, 14, se firmó el compromiso por los interventores, que lo sometieron al gobierno de Montevideo.

Montevideo no acepta (15 de julio).

Pero Montevideo no quería la paz. La verdadera razón era que la aduana se beneficiaba con el bloqueo, y levantado éste se perdía el negocio de Lafone.

El 15 de julio el ministro montevideano Miguel Barreiro rechazó las bases diciendo la gran verdad: que “el mantenimiento de los bloqueos establecidos sobre las dos márgenes del Plata por las fuerzas navales de Inglaterra y Francia *es una de las condiciones de nuestra existencia*, y levantarlos disminuyendo enormemente nuestros medios y recursos, comprometería muy peligrosamente nuestra conservación”.

Se había perdido todo escrúpulo, y los gobernantes de Montevideo no tenían sentido de las distancias. Rechazaban el *levantamiento del bloqueo* como si la escuadrilla de Garibaldi lo mantuviera.

Howden levanta el bloqueo británico (15 de julio).

La respuesta indignó a Howden, que durante su estada en Montevideo pudo enterarse perfectamente de quiénes eran los verdaderos dueños de la casa. Desde la fragata *Raleigh* anclada en el puerto —porque los legionarios extranjeros lo amenazaron con darle muerte, informará Howden a Palmerston el 16— levantó el 15 el bloqueo en ambas márgenes del Plata y ordenó “cesar toda ulterior intervención” por “haber rehusado el gobierno provisional de Montevideo asentir al armisticio que yo considero razonable, justo y muy de desear en el sentido de la humanidad”. Notificó la medida a Hebert y mandó retirar las guarniciones inglesas de la plaza.

Finalidades distintas de Howden y Walewski.

El 16 Howden explicaba a Hebert que levantó el bloqueo por encontrar “a los orientales completamente coartados por una guarnición extranjera”, el bloqueo no perjudicaba a Rosas sino a los comerciantes británicos de Buenos Aires y su continuación era “un modo de dar dinero, en parte al gobierno de Montevideo, y en parte a ciertos individuos extranjeros residentes allí”.

El veraz Barreiro lloró: “¡Oh! ¿Cómo han mudado las cosas, milord, para que el gobierno de la reina de Inglaterra nos trate con tanto desdén? Nosotros que estamos penetrados del más profundo reconocimiento, nosotros cuyo primer pensamiento es y ha sido siempre hacer todos los sacrificios hacia ese gobierno a quien tanto debemos. Un armisticio que abre el mar al general Oribe... no es equitativo”. La introducción de carne que haría Oribe “bajaría el precio en perjuicio... de la traída de Brasil y aun de las costas argentinas”. Y se perjudicaba a Lafone, a Carril (agente para la compra de carne en Río Grande), a Urquiza, y a los muchos interesados en el abasto de la ciudad sitiada.

Walewski trató de disuadir a Howden. Como no lo pudo, expresó que Francia continuaría sola la intervención y el bloqueo. Desde ese momento ingleses y franceses quedaron separados. Howden, apoyado en los viejos colorados y en las tropas que respondían a Rivera, buscó terminal la guerra con un abrazo histórico de Uribe y don Frutos que uniera a blancos y colorados lejos de Rosas y bajo la vigilancia maternal de Inglaterra. Walewski, con *los doctores*, Garibaldi y los unitarios quería mantener Montevideo como foco de la civilización en el Plata lejos del americanismo. Denunció Howden una alianza de Francia y Brasil “para extender los dominios dotales del príncipe de Joinville (casado con la hermana de Pedro II) con los *ducados del Plata* que, a su parecer, gestionaba su colega” (informe a Palmerston del 12 de marzo de 1848, desde Río de Janeiro).

Howden y la unión de los orientales.

El inglés, que desde el buque de la rada estaba a cubierto de los atentados *garibaldinos*, se puso por medio del cónsul M. T. Hood al habla en secreto con Oribe, diciéndole el 17 que lo haría entrar en Montevideo bajo cuatro condiciones:

- apartarse de Rosas y licenciar las tropas argentinas;
- amnistiar a quienes depusiesen las armas;
- restituir o indemnizar los bienes confiscados;
- elegir constitucionalmente nuevas autoridades.

El 19 llamó a bordo al ministro de Montevideo, Gabriel Antonio Pereyra, que aceptó las bases asegurándole que “fuera del presidente Suárez ningún otro miembro del gobierno sería contrario a la entrada de Oribe”. Pero estarían contra ella algunos *doctores*, Garibaldi, los exilados unitarios y la escuadra francesa.

Oribe se negó a apartarse de Rosas y retirar las tropas argentinas. Walewski supo la negociación y consiguió que Joaquín Suárez denunciase “la traición de Pereyra”. El ministro norteamericano Harris informa a su gobierno el 21 que “cualquier paso de Oribe para apoderarse de la capital habría provocado la guerra abierta entre las fuerzas europeas”, dado que Walewski había tomado abiertamente la posición de los unitarios. Howden comprendiendo que “no podía valerse de gentes tan pusilánimes” (por Oribe y los suyos) —informa el 25 a Palmerston—, abandonó esa misma noche el puerto en el *Raleigh*. Antes de zarpar notificó a Hebert que vigilase a los franceses; y si éstos “llegaban a dominar la situación en Montevideo”, para equilibrarla “se apoderase de Colonia”. Nada quedaba de la *entente*.

En la junta de representantes (agosto).

Rosas tenía un medio para hacer llegar a su pueblo, a la opinión pública universal y especialmente a los gabinetes de Inglaterra y Francia, aquello que una elemental cautela no le permitía decir en sus notas oficiales. Eran los discursos de los representantes en la sala porteña, con amplia difusión en la *Gaceta Mercantil* y el *Archivo Americano*. Aquello era la *vox populi* de Buenos Aires respondiendo a las ofensas contra la Confederación en los Comunes o la Asamblea Francesa.

La sala porteña dio entrada el 11 de agosto al mensaje del gobierno, del 28 de julio, que sometía los documentos de la misión Howden-Walewski y la conducta de Rosas “a la deliberación de los esclarecidos representantes”. Se declaró en sesión permanente el 23 de agosto.

La misión de Howden y Walewski —dijo la comisión— “venía a allanar el obstáculo que Mr. Hood encontró en los señores Ouseley y Deffaudis... pero a pesar de sus protestas de negociar sobre las bases establecidas, pretendieron introducir con artimañas el desconocimiento del gobierno de Oribe, negar la jurisdicción argentina sobre sus ríos interiores y su perfecta soberanía exterior, puso la negociación... en un punto del todo extraño a los mismos pretextos con que se estableció la intervención”; esta “*maldecida intervención* ha tenido y tiene el verdadero carácter de una guerra de conquista... Si la pretensión es ofensiva y atentatoria a nuestra soberanía”, no lo era menos el “modo singular (de Howden y Walewski) de pretender que las leyes y el derecho de un Estado independiente deben entenderse según la opinión de los abogados de las coronas de Francia e Inglaterra”, que con ese principio podrían “esclavizar al mundo entero”.

El proyecto de la comisión (Juan Antonio Argerich, Baldomero García, Roque Sáenz Peña, Francisco C. Beláustegui y Eustaquio J. Torres) aprobaba la conducta del gobierno, le acordaba un *voto de gracias* y “tres salvas acompañadas de repiques generales en celebridad de la gloriosa resistencia a las insidiosas proposiciones de paz presentadas a nombre de Inglaterra y Francia por sus últimos enviados”.

El debate, o para ser más preciso, los discursos unánimes de los “esclarecidos representantes” mostraron que el pequeño parlamento de Buenos Aires contestaba en el mismo tono las diatribas de los Comunes ingleses y las cámaras francesas. Con asombro de los unitarios de Montevideo que mandaban el *Archivo Americano* a sus amigos de Londres y París en prueba de una insolencia que debía castigarse, como pedía José Luis Bustamante, con “los cañones de Trafalgar, Aboukir y Navarino”.

“Las violentas discusiones que tuvieron lugar en la junta de representantes de Rosas —dice Bustamante— excedieron aquella vez a todos los cálculos. Ni la *montaña* en la famosa época de la Convención francesa del siglo pasado, ni la montaña de la revolución de lebrero de hoy manifestaron más lujo de insolencia, de depravación y de furor”⁴.

⁴ *Los cinco errores capitales de la intervención anglo francesa en el Río de la Plata* [los errores eran: 1) Ouseley y Deffaudis, 2) Hood, 3) Howden y Walewski, 4) Gore y Gros, y 5) Southern y Lepredour, y el solo acierto abrir a cañonazos el Paraná] fue escrito por José Luis Bustamante en 1850 para dar argumentos contra la ratificación del tratado Lepredour por la asamblea francesa.

La *revolución de febrero* a que se refiere es la del 23 y 24 de febrero de 1848.

Eustaquio Torres, miembro informante, historió las diversas misiones, levantando el tono al recordar la ocupación de los ríos “que hace hervir la sangre”; Baldomero García habló de la “toma alevé” de nuestra escuadra, la “rapaz invasión” de los ríos, “tanta sangre americana bárbaramente derramada en nombre de la civilización europea”, “ese vivir en armas que agita ambas riberas del Plata. ¡Oh! ¡Eso no lo olvidaremos jamás!”.

“Los gobiernos de la Inglaterra y Francia —siguió— pretenden deprimir a los pueblos sudamericanos. Pero no lo conseguirán. En las costas del Paraná, en Obligado, en el Quebracho, los ingleses y franceses aprendieron que los argentinos son sus iguales en derechos y deben ser tratados con dignidad... Esta vez han quedado escarmentados porque no somos nullos para obedecer a su voluntad... los ingleses se han retirado, no porque estén compadecidos de los inútiles males que han causado, sino porque esta vez dieron con los argentinos, porque esta vez dieron con el general Rosas... Decían que jamás dejarían de hostilizarnos mientras la República no retirase sus fuerzas de la Banda Oriental, y ved aquí que la República sigue ejerciendo su soberano derecho de beligerante y los ingleses se han marchado... La energía del general Rosas ha quebrantado la arrogancia de los soberbios del mundo;

allá se van los ingleses manchados con nuestra sangre y cargados con nuestras maldiciones. ¡Ojalá no volvamos a ver en nuestras playas un solo oficial, un solo agente inglés!... En cuanto a los franceses están ahí bloqueándonos aún; Luis Felipe es manso y humilde allá en Europa, quiere a todo trance la paz en Europa porque teme que el terreno se le mueva y caiga su novel trono, pero se desquita con los nuevos Estados de América”.

Lorenzo Torres llevó al máximo la exaltación:

“¡Conquistas quieren la Inglaterra y la Francia! ¡Conquistas buscan! Han mandado a lord Howden y al conde Walewski a fin que cayéramos en la red tendida por sus manos hábiles... Esta misión *es la misión más infame que ha podido concebir la ambición europea*. No la clasifico así por las personas enviadas, sino por el interés que envuelve. No obstante el alto aprecio y respeto que profeso a ambos y muy principalmente al Lord, debo aconsejar a mis conciudadanos que jamás se alucinen con las calidades personales de los enviados, porque deben despertar nuestra desconfianza: nunca debemos ver en el uno sino un inglés, y en el otro un francés, *representantes ambos de los enemigos más feroces de la independencia de nuestra patria*... Eran hábiles el milord y el conde, querían que se les reconociese un derecho que nunca tuvieron la Inglaterra y la Francia de garantizar la independencia oriental; decían con melosas palabras que vinieron de tan lejos a confirmar ese falso derecho. ¿Para qué? Para volver siempre que puedan, si no como garantes, como salvadores que se dicen de la independencia oriental. Eso venían a confirmar, decían... Pero son tan peligrosos, tan funestos estos padrinos de confirmación, que antes que admitirlos es preferible dejar de existir. ¡No es la primera vez que se quedan con el ahijado, y la Francia lleva a tal extremo su cariño que ha tenido la humanidad de asarlo en Argel!”.

Pedro Ximénez habló de la mala fe “como interpretan sus pactos los gobiernos de las dos naciones que se precian de hallarse al frente de la civilización europea”.

El general Soler, que agobiado por los años pocas veces pedía la palabra, narró la “tentativa *in extremis*” de Howden para entenderse con Oribe a espaldas de sus aliados, “rechazada por éste con lealtad y patriotismo”; Roque Sáenz Peña de “algunos viajeros sospechosos” que recorrían el país, y cuando Howden y Walewski estuvieron en Buenos Aires tuvieron contactos con éstos (debió referirse a Bonpland y al inglés Mac Cann) para llevar “ciertos convenios a ciertos jefes que estaban al frente de ciertas tropas (¿Urquiza?)”. Cárcova de los propósitos ingleses de sembrar algodón en Texas, fracasados por la ingerencia de Estados Unidos, y por eso habían venido en 1845 con intenciones de “dividir los Estados del Plata. Dijeron: guerras a éstos, colonia al Paraguay, colonia a los Estados del Plata... Dividir nuestra Confederación: americanos contra americanos para asegurar el triunfo de su conquista, todos han de ser tributarios de ellos”, concluyendo con un elogio de Rosas a quien deseaba que “en el momento de bajar al sepulcro pueda recibir, *no las maldiciones de una colonia de esclavos, sino las bendiciones de repúblicas poderosas de hombres libres*, supuesto que todo nuestro empeño es librar a toda la América del coloniaje europeo”.

Aprobada la ley por unanimidad, el 29 de agosto se hicieron las salvas con repiques en todas las iglesias.

Desde Río de Janeiro Howden se quejó, en forma entre sarcástica y humillada, del concepto que se le tenía en Buenos Aires después de haber mostrado su simpatía vistiendo ropas de gaucho y levantando el bloqueo. Habló de la *anti-salvajería* ordenada por la sala, “en premio a no haber conseguido su objeto la misión”.

Siguen las gestiones de paz entre los orientales (agosto).

Rivera abandonó Paysandú con su desguarnecido ejército y fue a refugiarse a la isla del Vizcaíno en la boca del río Negro, protegido por los buques franceses. Después fue a Colonia, apoyado ahora por los ingleses.

En Montevideo, los deseos de paz eran unánimes. Salvo el grupo de los *doctores* cuyo mentor era Florencio Varela, tenía como apoyo militar a Garibaldi y financiero a Lafone. Con ellos estaban Walewski y Lepredour. Rivera desde Colonia se expresa en favor de la paz, anunciándose que vendrá a Montevideo apoyado en los buques ingleses. El ministro Pereyra trabaja por una pacificación con Oribe, a la medida inglesa, “si se consigue separarlo de Rosas”. Ha conseguido interesar a algunas personalidades de *Villa Restauración*, la capital de los blancos, levantada en las faldas del Cerrito (hoy Unión). En la intriga andan Venancio Flores, jefe de la guarnición de Montevideo, y Rivera desde Colonia.

Walewski se vuelve a Francia en el *Cassini* el 3 de agosto anunciando que traerá 6.000 infantes para levantar el sitio y garantizar la “independencia”, y deja al cónsul Devoize poderes para manejar la situación montevideana. Al día siguiente —4— Flores y los jefes militares, después de consultar con Martín Hood, cónsul inglés (hijo del comisionado Samuel Tomás), presentan un petitorio a Suárez para que nombre o autorice “una diputación *nacional* de ciudadanos responsables que en nombre del pueblo de Montevideo” vaya al Cerrito a “abrir negociaciones de paz”. Proponen al cura de la matriz José Benito Lamas (tío de Andrés), el presidente del tribunal de justicia Francisco Araucho, los vecinos Santiago Sayago y Apolinario Cayoso y el mismo Flores.

Cambio de ministerio (16 de agosto).

El petitorio será respaldado por Rivera, que en buques ingleses vendrá desde Colonia. Garibaldi se mueve con premura al frente de los legionarios vascos e italianos. Los firmantes son obligados a retirar sus firmas, que todos hacen (menos Flores) porque Rivera no aparece en el puerto. Garibaldi y Varela imponen al ministerio (Pereyra, Costa y Barreiro) el rechazo del petitorio.

El 16, por presión de Garibaldi, se cambia el ministerio: Manuel Herrera y Obes, que representa a los *doctores*, irá a relaciones exteriores; Lorenzo Batlle, amigo de Garibaldi, a guerra; Bruno Más de Ayala, vinculado a la casa Lafone, a hacienda; Garibaldi tomará la comandancia general de armas.

Pereyra y los ministros dimitentes deben refugiarse en un buque inglés. Flores pide la baja y pasaporte, “forzado por mi honor altamente ofendido”. Le dan ambas cosas, y se embarca a Santa Catalina disgustado con todo el mundo con los doctores, con Garibaldi, con los unitarios, con los ingleses y con Rivera.

Rivera en Maldonado (setiembre). Su escamoteo.

Sólo a principios de setiembre Rivera embarca en Colonia sus tropas en los vapores de guerra ingleses *Fulton* y *Harpy*, y — después de intentar un desembarco en Montevideo, que Garibaldi evita— llega a Maldonado. Así como Montevideo era una colonia francesa, Maldonado custodiada por los buques ingleses es casi una factoría británica. Desde allí el ex presidente empieza conversaciones con el jefe blanco que sitia Maldonado, Antonio Acuña. El 22 se entrevistan: Rivera ofrece a Acuña “trabajar juntos” y espera que Oribe le haga proposiciones formales. Éste, desde el Cerrito, manda decirle que es previa a toda negociación la entrega de la plaza (Maldonado). Rivera informa a Joaquín Suárez y al cónsul Hood, despachando el buque *Consolación* el 27.

Los ingleses creían que Rivera trabajaba sinceramente por la paz, pero los de Montevideo conocen mejor al *pardejón*. Los *doctores*, al recibir la carta dirigida a Joaquín Suárez, comprenden lo que busca el ex presidente, y Lorenzo Batlle, ministro de guerra, se embarca a Maldonado con 1.500 patacones en la mano y un batallón de infantería. El 5 de octubre ofrece a don Frutos el dinero si se embarca en la goleta *Maipú* para Brasil, o entrar en batalla si rehúsa. Rivera acepta los patacones, pero desconfiando que en la *Maipú* quieran eliminarlo, prefiere embarcarse en el buque francés *Chimère* que se compromete a depositarlo en Santa Catalina. De allí será recogido por el gobierno de Brasil que lo retiene en Río de Janeiro en segura custodia.

Quedó vigilado en el Hotel Italia; después de marzo será recluso en el *cuartel de Permanentes*. Liberado un tiempo, con vigilancia, será encerrado en la fortaleza de Santa Cruz en febrero de 1851 cuando Brasil toma intervención directa en los asuntos del Plata.

2. EL PROBLEMA DE CORRIENTES (1847)

A fines de 1846.

Galán había llegado a Entre Ríos el 27 de noviembre (1846) con las cartas de Rosas y Arana para Urquiza y el ejemplar de tratado a imponerse a Madariaga. Urquiza, que en esos momentos andaba negociando con Montevideo, por Benito Chain, su *mediación* (evidenciada el 3 de diciembre), lo despachó a Corrientes asegurando a Rosas que “todo se concluirá y arreglará conforme a sus luminosas vistas”.

Nada más lejos de Urquiza en diciembre de 1846 que imponer a Corrientes el tratado de Rosas. Había esperado que éste provocase la ruptura, dándole ante las provincias (a quienes no había revelado el *tratado secreto*) el papel de víctima de los caprichos de un déspota.

Madariaga no comprendió el juego y el 13 de diciembre reprochaba a Urquiza que se allane a Rosas: “Un amigo que le aprecia no puede admitirle en la parte que le toca, sin que antes le pida al menos que reconsidere lo que admite, reflexione sobre sus

consecuencias, y que sus amigos los Madariagas como verdaderos amigos del general Urquiza no puede ni deben permitirle sacrificios que no dejen bien puesta la justa estimación que hacen de él”.

La situación de Madariaga en Corrientes no era cómoda. Hubo sublevaciones, y debió pedir a Urquiza (14 de diciembre) que le mandase la *división federal correntina*, que a las órdenes de Benjamín Virasoro estaba en el campamento del Cala. Urquiza accedió.

Al día siguiente (15 de diciembre), aleccionado por Galán, Madariaga pide a Urquiza la modificación de los artículos 3 y 4 del proyecto de Rosas (devolución de los bienes a los federales e indemnización por el secuestro del convoy a Paraguay de 1844), e insinúa que el convenio lo firmase Urquiza como *gobernador* de Entre Ríos, y no como jefe del ejército de Operaciones y delegado de Rosas.

Pero Urquiza, al recibir esta carta el 30 de diciembre, había renunciado al *pronunciamento*. El cañoneo de Paysandú, reemplazo de Inglefield y abandono de los buques ingleses en el Paraná y Uruguay, lo hicieron desconfiar de los interventores como vimos. Pidió el parecer a su delegado Crespo y a su asesor, el cura de Paraná, Francisco Álvarez. Ambos le aconsejaron esperar el desenvolvimiento de las cosas, e insistir que Madariaga firmase el tratado como lo quería Rosas: “Mi amigo, firmeza —le decía Álvarez—. No ceda en un punto de lo que quiere el sr. Rosas. Toda condescendencia lo perjudica a Ud. y a los sres. Madariaga. Sálvese Ud. y sálvelos a ellos, que después se lo agradecerán”.

Madariaga no tenía una mente que captara las sutilezas de la política. Había ido a Alcaraz a iniciar “la obra más grande que se ha proyectado entre nosotros” (como decía) y no atinaba a desempeñar el papel de converso federal ofrecido por Urquiza hasta que llegase una mejor oportunidad. Su *mensaje de gobierno* al congreso correntino del 21 de octubre fue un himno unitario: empezaba con el lema: “¡Patria! ¡Libertad! ¡Constitución!”, hablaba de las relaciones de la provincia “con los poderes extranjeros”, elogiaba al “gobierno de Montevideo”, mencionaba la guerra “justa y necesaria” que se había sostenido hasta Alcaraz, y llamaba a los federales de Corrientes “disidentes reconciliados con el orden”. Se proponía “negociaciones directas con la Santa Sede” sin importarle la jurisdicción del obispo de Buenos Aires sobre Corrientes ni el patronato de la iglesia argentina que tenía Rosas.

Éste, por medio de Arana, pidió explicaciones a Urquiza sobre el mensaje de Madariaga. ¿Estaba con la Confederación, como decía Urquiza, o era su enemigo?

Urquiza, colocado entre Rosas y Madariaga, trataba de salvar a éste. Pero don Joaquín no escuchaba a nadie, ni a su hermano Juan que desde el campamento de Villanueva quería convencerlo que el momento no era de guerra sino de astucia y disimulo. Juan había querido implantar la divisa federal a todas las tropas cuando llegó la división de Virasoro, para evitar divisiones peligrosas. Joaquín, no solamente no lo había permitido, sino que impuso la divisa celeste a los federales de Virasoro.

Los interventores y Urquiza (febrero de 1847).

En febrero se sabía que la conducta de Hood había sido aprobada por Palmerston y vendrían nuevos comisionados a reemplazar a Ouseley y Deffaudis; desde octubre Hebert estaba en el Plata sustituyendo a Inglefield y sus relaciones con Rosas eran cordiales. Se decía que los nuevos comisionados aceptaban las bases Hood y junto con ellos llegaría un nuevo comandante francés que reemplazaría a Lainé.

Ouseley, Deffaudis y Lainé, *in extremis*, hicieron una última tentativa ante Urquiza. Le mandaron en enero, por un conducto no revelado, tres paquetes cuyo contenido no se supo porque Urquiza los mandó cerrados a Rosas en prueba de sumisión. Éste se los devolvió en la misma forma el 10 de febrero para que los remitiese a Oribe, que los haría llegar virginales al gobierno de Montevideo.

Otra tentativa ocurrió con el coronel inglés Mundell, al servicio de Montevideo, llegado el 5 de febrero a Concepción del Uruguay donde pidió audiencia a Urquiza. No se le concedió, y Urquiza informó a Rosas la no recibida visita.

Rosas da orden de abrir operaciones (abril).

El 19 de marzo Urquiza debe notificar a Rosas que Madariaga no aceptaba modificar el convenio de Alcaraz. Agrega que le “marcase de un modo claro y categórico, y a la brevedad posible, la línea de conducta que debo seguir, seguro que sabré sostener con dignidad y decisión los derechos sagrados de nuestra patria común”. Rosas le da el 10 de abril la orden de abrir operaciones contra Corrientes.

Urquiza quiso esperar el resultado de la misión Howden-Walewski, que ya se acercaba. El 19 de abril, antes de recibir la orden de abrir operaciones, se excusa por la dificultad de una campaña en Corrientes debido a la seca; al recibir la orden, el 1 de mayo insiste que le faltarán caballos.

El 14 de mayo le llega, por su comandante en Concepción del Uruguay, la noticia del arribo de Howden y Walewski (“un hijo putativo de Napoleón”) y el desorden reinante en Montevideo. Más noticias le vienen el 18 de Montevideo: Ouseley y Deffaudis han sido embarcados, los ministros orientales habían renunciado, retiradas las estaciones navales “y era general la voz de que la paz estaba hecha”.

Urquiza ordena el 18 el retiro de Galán de Corrientes. Madariaga lo reprocha el 14 de junio “las sugerencias de la calumnia o los embates de las prevenciones” que “van a mezclarse en asuntos que afectan la tranquilidad de dos pueblos fatigados de una lucha dilatada y sangrienta y que divisaban el único alivio a sus sufrimientos”, y se niega a dar pasaporte a Galán a la espera que Urquiza “reflexione”.

Le llegan en junio a Urquiza informaciones que algo anda mal con Howden y Walewski, y escribe a Rosas el 22 disculpándose por no atacar a Madariaga “mi amigo (que) ha tenido que luchar con la opinión general de un país que tantos años ha estado insurreccionado y en hostilidad abierta contra los demás pueblos que componen la Nación Argentina”. A mediados de julio sabe el fracaso de la misión, pero también que Howden busca un entendimiento con Oribe. Escribe a Madariaga —16 de julio— “que está dispuesto a sacrificarlo todo por los derechos de la Confederación y de su Causa Nacional”, pero que “la amistad particular que le profeso (a Madariaga) no sufrirá jamás la menor alteración por más extremas que sean las medidas a que la política me impulse”.

Ante esa carta, y la noticia del levantamiento del bloqueo por Howden, Madariaga decreta la “movilización general”. En su proclama del 28 de julio disculpa a Urquiza “que arrastrado por un fatal deber” invadirá la provincia. La situación correntina es débil, el partido federal ha repuntado y el coronel Nicanor Cáceres, el gran apoyo de Madariaga, se ha pasado a los enemigos.

Urquiza, que no ha perdido la esperanza de un arreglo, intenta el 13 de setiembre una última apertura de paz “invitándole (a Madariaga) a la reflexión”. Pero Rosas se pone impaciente porque Urquiza no empieza la ofensiva a pesar de la movilización decretada por Madariaga, y aquél intenta disculparse “en sus propósitos pacíficos”. Arana en nombre de Rosas insiste el 9 de octubre “porque ya podía haber comprendido los propósitos de Madariaga”. Piensa Irazusta que si Madariaga no hubiera movilizad, Urquiza no habría ido a la guerra, pero la falta de sentido político del correntino obligó al entrerriano a proceder.

Última misión de Chain (octubre).

El 16 de agosto (1847) se ha hecho cargo del ministerio de gobierno y relaciones exteriores de Montevideo, Manuel Herrera y Obes. De acuerdo con el cónsul francés Devoize, manda varias misiones: el general O’Brien y Andrés Pfeill (periodista o panfletista a sueldo de Thiers) irán a Londres a convencer a Palmerston del error de Howden, Andrés Lamas a Río de Janeiro para anudar la alianza del Imperio, y Benito Chain, que está en el Yuquerí, al campamento de Cala a entenderse otra vez con Urquiza.

Las instrucciones a Chain muestran la ingenuidad de Herrera, o el mal concepto que tenía de la sutileza política de Urquiza. Le decía “que la coalición de todos los gobiernos europeos y americanos contra el gobierno de la República Argentina es un hecho forzoso y natural”, prometiendo ponerlo “al frente del movimiento que derroque al gobierno funesto de Rosas”. No le mandaba dinero (tampoco lo tenía en cantidad sobrada) pero le aseguraba “fuertes apoyos morales y materiales”.

Urquiza recibió a Chain, en su campamento de Cala, a mediados de octubre. Leyó la carta limitándose a decirle —como éste trasmite a Herrera—: “Olvídense, amigo, que me ha hablado de esto; ahora voy a Corrientes”.

Vences (27 de noviembre).

El ejército de Operaciones contaba 7.000 hombres de infantería y caballería y una excelente artillería. Urquiza inicia el avance a fines de octubre, y es recibido favorablemente en las poblaciones correntinas a pesar de la enemistad con los entrerrianos. Es que el descrédito de Madariaga era grande, y mucha la animosidad hacia los *gringos*. Se pliegan a Urquiza los coroneles Berón, Silva, Álvarez, además de Cáceres ya pronunciado y los federales correntinos Benjamín y Miguel Virasoro.

A principios de noviembre está en el río Corrientes, mientras Madariaga se repliega al interior, tal vez con la intención de atrincherarse en la tranquera de Loreto fortificada desde los tiempos de Paz. No pudo alcanzarla, porque se le desbandaron las tropas. Debió quedarse en el *potrero de Vences* con los restos de un ejército que no alcanzaba a 5.000 hombres desmoralizados. A mediodía del 27 de noviembre Urquiza lo ataca; dos horas después estaba decidida la batalla. Los hermanos Madariaga consiguieron escapar, pero el ejército casi íntegro, los cañones y el parque cayeron en poder de Urquiza.

La persecución fue despiadada como si Urquiza quisiera lavarse de sus contactos. Se fusiló a los coroneles Carlos Paz y Manuel Saavedra y tenientes coroneles Cesáreo Montenegro y Castor de León. Más tarde Urquiza negará haberlo ordenado.

Corrientes, provincia federal (diciembre).

Apenas se supo en la capital de la provincia la noticia de *Vences*, el congreso provincial, siguiendo la tradición, depuso a Madariaga y nombró gobernador al federal Benjamín Virasoro. El 29 Virasoro dio una proclama “reincorporando Corrientes a la Confederación”.

Urquiza estuvo conforme porque “la patria común de los argentinos debe ostentar la divisa de la federación y profesar aversión inextinguible a toda dominación extranjera, y que la Confederación debe felicitar a Corrientes por haberse integrado con la resolución de sostener la nacionalidad e independencia confiadas a la dirección del eminente argentino brigadier don Juan Manuel de Rosas”.

3. ¿FRANCIA CON BRASIL?

Howden en Río de Janeiro (agosto).

El comisionado inglés llegó a Río de Janeiro dispuesto a triunfar en la segunda parte de su misión a América del sur: obtener el cumplimiento estricto de la represión de la esclavatura o en su defecto aplicar el *bill Aberdeen*. Pero encontró otro Rosas en el ministro Saturnino que le dijo que Brasil repelería con las armas la detención de buques brasileños por cruceros ingleses. El eco del cañón de Obligado repercutía en Guanabara. ¡Ese *americanismo*!

Howden se acerca a Guido para alertarlo que Walewski ha pedido tropas a Francia y sugerirle una retirada “espontánea” de las tropas argentinas del sitio que facilitaría a Inglaterra la defensa de Oribe. Guido no puede llevar a Rosas una proposición semejante, e insinúa a su vez que Inglaterra proteste por la forma como Francia hace el bloqueo.

Los buques franceses no impedían la llegada de los navíos de ultra mar a Buenos Aires; se limitaban a exigirle los derechos arancelarios de Montevideo.

Había llegado Andrés Lamas a Río de Janeiro, pero Saturnino se desentendía del diplomático en prueba de amistad a la Confederación. Guido pidió a Howden el 19 de noviembre que lo apoyase para obtener de Brasil el desconocimiento del gobierno de Montevideo, pero el inglés se negó —20 de noviembre— porque “ni él ni su gobierno tenían simpatías por Rosas”. No le costaba decir que el gobierno de Montevideo “era intruso”, pero no movería un dedo en su contra mientras las tropas argentinas estuvieran en la Banda Oriental⁵. Una cosa eran las rivalidades de Inglaterra con Francia, y otra muy distinta apoyar al americanismo.

Howden emplaza sus baterías contra Saturnino. Habla seriamente con Pedro II: Rosas hay uno solo en América, e Inglaterra no está dispuesta a tolerar otro. El emperador es pacifista y un “americanismo a lo Rosas” con los cañones brasileños disparando contra los cruceros ingleses no lo entiende. Es algo más allá de su comprensión de un mundo jerarquizado. A pesar de su amistad personal

con el ministro, no aprueba que se lleve al Imperio a un conflicto armado con Inglaterra. El 29 de enero (de 1848) se provoca la renuncia de Saturnino anunciándose que Pimenta Bueno ocupará la cartera.

Lamas da alborozado la noticia a Montevideo: “Saturnino, el hombre de Rosas, ha dejado de ser ministro de Negocios extranjeros; le ha reemplazado Pimenta Bueno, el hombre del Paraguay”.

⁵ Howden estaba molesto por las críticas de la sala de representantes y las salvas de cañón que festejaron en Buenos Aires su derrota diplomática.

En Inglaterra: aprobación de la conducta de Howden.

Apenas rota la negociación de 1847, Rosas ordenó a Moreno y Sarratea que expresaran su extrañeza por las reticencias de Howden y Walewski: “El punto que ha causado la ruptura (jurisdicción argentina de los ríos, soberanía y desagravio a la bandera) ... es demasiado sencillo y claro para que hubiese podido recibir contradicción de parte de los gobiernos de Inglaterra y Francia”. En la nota a Moreno se destacaba “el acto de justicia y de conveniencia general” de Howden por levantar el bloqueo.

Moreno entrevistó a Palmerston a fines de octubre. El canciller estuvo de acuerdo con la jurisdicción de los ríos interiores “que es la ley de las naciones”, criticó al gobierno de Montevideo por no haber aceptado el armisticio propuesto por Howden, aprobó el levantamiento del bloqueo y dijo que los cañones de Obligado que estaban en el arsenal de Wolwich serían devueltos conforme a lo convenido. Pero insinúa —como lo había hecho Howden a Guido— que “si el gobierno de Buenos Aires retirara *espontáneamente* y de *montu proprio* sus tropas de la Banda Oriental, este paso facilitaría el desenlace favorable de la cuestión”. Moreno contesta que “el gobierno de la Confederación se considera en el indispensable deber de proceder siempre de acuerdo con las bases de la negociación de Mr. Hood, con las modificaciones admitidas, y que a este respecto no se debe abrigar la menor duda”.

La posición inglesa era clara. *Independencia* de la Banda Oriental, aceptándose el gobierno de Oribe y los blancos, siempre que se separasen de Rosas. La posición argentina también era clara: *independencia* oriental sin intervenciones europeas ⁶.

En Francia (setiembre).

Conocido en París el levantamiento del bloqueo por Howden, Guizot hace interrogar a Palmerston por el embajador francés Broglie.

Palmerston no estaba en Londres (era verano) y Broglie habló con el jefe de gabinete, Russell. El tono de su protesta no fue plañidero sino agresivo. De “no ponerse remedio a la situación”, al gobierno francés no le quedaba otro remedio que “pedir al parlamento nuevos créditos (para seguir la intervención) y hacer públicos todos los detalles del vergonzoso tratamiento recibido”. Dado el estado de exaltación en esos días precursores de la crisis del 48, podía salir de allí un rompimiento con Gran Bretaña. Russell, según Cady, “no encontró excusa que ofrecer y reconoció con toda franqueza que los actos del agente británico habían sido sumamente irregulares”.

Palmerston aprovechó la entrevista para sus fines políticos. Si Guizot quería “poner remedio a la situación”, debería empezar por comprender que el bloqueo “hace tiempo que ha cesado de constituir una medida de coacción contra Buenos Aires”.

El canciller francés se ve atacado en varios flancos, y obligado a jugar a diferentes naipes en distintas carpetas. A Palmerston le promete reanudar la alianza sobre la base inglesa de la “independencia” de Montevideo con Oribe lavado de su rosismo (es decir, su *americanismo*), a Pedro II le dice que podían unirse Brasil y Francia contra Rosas y Palmerston. Habla a cada uno su lenguaje, y da instrucciones dobles. Broglie debe tramitar una misión en el Plata a la medida inglesa; His de Butenval, ministro francés en Río de Janeiro, acercarse al Imperio para una acción de magnitud contra Rosas y el *bill Aberdeen*.

En un *memorandum* de Guizot, que Cady supone de octubre de 1847, el francés traza su plan: “Era evidente la inutilidad de una nueva negociación” pero convenía hacerla para poner a Palmerston en la obligación de reanudar el bloqueo británico, aunque “se podrá apostar uno contra cien mil a que no lo hará”. Entonces “expondremos a la reprobación del pueblo, en términos sencillos y severos la conducta en primer término de lord Howden y luego la de lord Palmerston. Les haremos cargo de todas las consecuencias por el abandono que nos han dejado; tendremos a nuestro favor toda la diplomacia de Europa, todo el partido conservador inglés, y el de Peel con lord Aberdeen, y tal vez cinco sextos del partido liberal, y aun el mismo gabinete (dado las palabras de Russell). En mi opinión, es ésta nuestra mejor ocasión, y si fuese legítimo desear el mal a fin que pueda resultar el bien, sería de esperar que lord Palmerston persista en la línea de conducta que se ha trazado en este asunto”.

El “humanismo” estaba excitado. Benjamín Pucel, un francés internado en Durazno, como todos los extranjeros cuando el bombardeo de las costas del Uruguay por la escuadra anglofrancesa unida a Garibaldi, acababa de publicar un truculento novelón *Les otages de Durazno* (“Los rehenes de Durazno”) contando los horrores de este primer campo de concentración de la historia. Y el chauvinismo, deprimido por el abandono de Inglaterra, le hacía coro.

Brasil e Inglaterra.

La labor de Howden dio por tierra con el ministro Saturnino el 29 de enero, pero el nuevo canciller Pimenta Bueno no duró mucho. Conversó con Howden el mismo día, y el inglés se mostró intratable: o Brasil tomaba en serio la persecución de los negreros o se aplicaba el *bill Aberdeen*. Pimenta prefirió cambiar la cartera por la de Justicia, pero antes hizo un acto de enemistad hacia Howden recibiendo a Lamas.

“Se obró el prodigio que se me recibiera ayer —informa Lamas el 31 de enero—. Todo se hizo tan de carrera, que mi discurso fue improvisado en el coche do mi casa a San Cristóbal..., este brillantísimo suceso ha hecho gran sensación... Guido y lord Howden están abrumados. El peligro, que era grave, pues era opinión generalizada que no se me recibiría, ha quedado conjurado”.

⁶ Carlos Pereyra hace decir fantasiosamente a Rosas: “Se me habla del derecho internacional para impedirme que vaya yo al Uruguay. Lo invocan Inglaterra y Francia a título de la garantía de la independencia de una república. ¿Quién ha hecho garantes de esa independencia a los interventores?”

Su intervención es un ataque a la Argentina y al Uruguay. La Confederación impedirá el protectorado a toda costa, por deber, por honor y por dignidad americana”.

Alves Franco ofrece la cartera de Extranjeros a Limpo de Abreu, líder parlamentario de los *luzias*, que también se niega.

“El señor Limpo de Abreu se resistió a tomar parte en la administración fundándose principalmente en que consideraba que las negociaciones iniciadas con lord Howden —informa Lamas— eran inconciliables con el honor de Brasil, que, en su sentir, debe exigir ante todo revoque Inglaterra el *bill* que autoriza a los tribunales del almirantazgo para juzgar como piratas a los buques brasileños que se ocupan del tráfico de negros”.

Nadie aceptaba la cartera de Extranjeros, nadie quería en Brasil cargar con el sambenito de humillarse ante los ingleses y perjudicar a la economía brasileña aboliendo el tráfico. Para agravar la crisis renuncian los ministros de guerra y marina exigiendo medidas severas contra los ingleses que han empezado la aplicación del *bill Aberdeen*.

El problema es serio: no se desea un conflicto con Inglaterra, pero tampoco puede tirarse por la borda la soberanía. A fines de febrero se vislumbra una solución. Algo brillante, audaz, sugerido por el ministro francés His de Butenval. Francia estaría dispuesta a romper los últimos eslabones de su *entente cordiale* a cambio de una ayuda brasileña en el problema del Plata. No puedo retroceder ante Rosas, pero tampoco llevarlo por delante sin el apoyo del ejército brasileño.

Francia no ha suscrito el *derecho de visita* con los ingleses, y mantiene la posibilidad de la esclavatura. Un tratado de alianza íntima, obligaría a Inglaterra a pensarlo dos veces antes de *visitar* un buque brasileño. Atrás de Francia podrían estar los Estados Unidos, que tampoco admitían el derecho de visita y tenían sus problemas con Inglaterra por la posesión de Oregón. Tal vez todas las monarquías antibritánicas del centro de Europa, con Metternich a la cabeza, porque Pedro II es pariente próximo de Francisco José de Austria, y a todos les gustaría frenar a Inglaterra. Un sólido bloque de Brasil, Francia y Estados Unidos que mantuviera el tráfico, llevara a feliz término la intervención en el Plata y diese Oregón al presidente Polk, sería apoyado desde Viena, San Petersburgo y Berlín por los muchos enemigos del liberalismo inglés. Contra tantos y tan poderosos rivales no se atrevería seguramente Palmerston, cuya situación interna estaba lejos de hallarse consolidada.

El plan de Butenval es la traslación brasileña del plan de Guizot. A Pedro II y a Luis Felipe se los convencería con los *ducados del Plata* para el príncipe de Joinville. Al Imperio significaba una guerra contra Rosas, pero con la ayuda de Francia y la posibilidad de conseguir el “pronunciamiento” de Urquiza todo se andaría.

Desde mediados de diciembre Alves Branco pidió a Lamas “copia de todo lo referente a Urquiza”, y éste lo solicita el 15 a Herrera agregándole “es muy necesario”. Herrera le manda el 4 de enero las tentativas de Chain y Magariños. Lamas urge que le haga llegar otros antecedentes el 4 de febrero: “Pero ¿hay tiempo? ¿Vivirán ustedes al menos un par de meses?” dice.

Ministerio Macahé: la alianza francesa (9 de marzo).

Limpo de Abreu, el ministro del *americanismo* de 1845, va a ser el líder del plan Butenval. El 28 de febrero tiene en Río de Janeiro una larga conferencia con el emperador, descendido en pleno verano de las alturas de Petrópolis para conversar con el presidente del Club Liberal. Debe formarse otro gabinete, porque Alves Branco no está en condiciones físicas de seguir en su jefatura, y cambiarse radicalmente de política. El 1 de marzo Pedro II convoca al consejo de Estado; una semana se debate el arduo problema mientras Limpo espera en sus posesiones de Minas Geraes. El 8 se anuncia la solución: el respetable vizconde de Macahé (José Castor Pereyra de Almeida Torres) volverá a la jefatura del gabinete; Limpo tendrá la cartera de Extranjeros, Pimenta Bueno la de Justicia.

“El negocio del Plata fue el primero de que se ocuparon —escribe alegremente Lamas el 13— y *puedo asegurar* que convinieron en esta base: *obrar en el sentido de estrecharse con la Francia para contrariar a Rosas y a la Inglaterra*”.

Llevados por la necesidad de una protección contra el *bill Aberdeen* los brasileños volvían a la política agresiva contra la Confederación. Ningún incidente nuevo había ocurrido, por lo contrario: la armonía parecía completa. Pero sólo Francia podía salvar a Brasil de la prepotencia inglesa, y su ayuda tenía su precio.

“Este pensamiento —escribe Lamas en otra carta de la misma fecha 13 de marzo— es del gobierno, y *lo sé positivamente* (subr.), y en ejecución de él se han iniciado inteligencias aquí y se deben dar órdenes a nuestro amigo Pontes (Rodrigo de Souza da Silva Pontes, encargado de negocios de Brasil en Montevideo).

“Guido, Howden y sus adictos están visiblemente muy descontentos, porque además de serles adversa la administración actual suponen que se buscará una inteligencia más o menos ostensible entre la Francia y el Brasil”.

En esos momentos llegaban a Montevideo los nuevos comisionados anglofranceses, Roberto Gore y el barón Gros, a cumplir la idea de Howden (adoptada por Palmerston), de hacer viable la uruguayidad separando a Oribe de Rosas. Pero el barón Gros llevaba secretas instrucciones de Guizot para sabotear esa política y mantener la intervención estrechándose con Brasil.

4. GORE Y GROS

Los nuevos comisionados (marzo de 1848).

Hemos visto que a mediados de diciembre, Palmerston había propuesto a Guizot otra misión al Plata para entregar Montevideo a Oribe con la condición de retirarse las tropas argentinas, dictar una amnistía política y devolverse, por ambas partes, las propiedades confiscadas. Es decir, restablecer las cosas al estado de 1838. Los extranjeros reponían los titeres como estaban antes de su malhadada intervención y se marchaban de puntillas, silenciosamente, en un mutis sin efecto teatral.

Guizot asiente⁷. La misión fue encomendada a Robert Gore, un pariente de Ouseley que iría acreditado de encargado de negocios en Montevideo, y al barón Gros, secretario de Deffaudis en su plenipotencia en Méjico en 1838 y después encargado de negocios en Colombia⁸.

Las instrucciones a Gore del 18 de diciembre le ordenaban tratar sólo con Oribe y el gobierno de Montevideo la capitulación de la plaza; la repatriación de las fuerzas argentinas y desarme de las legiones extranjeras de Montevideo deberían hacerse simultáneamente y con la cooperación de los jefes navales aliados. De rehusarse Montevideo, la intervención cesaría de protegerla; de no hacerlo Oribe, Palmerston aceptaba *que la escuadra británica se unirá nuevamente a la escuadra francesa para interceptar toda comunicación o tráfico entre los puertos ocupados por Oribe y la Confederación.*

No sería la renovación del bloqueo, sería —lo diría Palmerston— un *acto de guerra*. Del que Guizot, como lo dice en el *memorandum*, desconfiaba.

Las de Gros, del 15 de diciembre, lo prevenían para actuar conforme con Gore en la capitulación de Montevideo y entrada de Oribe, debiendo levantar el bloqueo francés una vez repatriadas las fuerzas argentinas y desarmadas las legiones.

Respecto a Rosas se limitarían a “recordarle” que Inglaterra y Francia estaban obligadas a “mantener” la independencia oriental por el tratado con Brasil de 1828 la convención Mackau de 1840. Aunque Rosas no aceptaba la garantía europea a la independencia oriental.

Gore partió de Plymouth en el vapor *Inconstant* el 31 de diciembre, y Gros le siguió desde Tolón el 15 de enero en el *Magellan*. El inglés llegó a Río de Janeiro el 2 de febrero, donde lo alcanzaron sus instrucciones definitivas; el 4 de marzo se le reúne Gros. El 10 siguieron a Montevideo en sus respectivos vapores.

Debates parlamentarios (diciembre 1847, enero 1848).

La opinión de la prensa inglesa era acabar de una buena vez el problema Rosas, y Palmerston debió recibir ataques por el mal resultado de la misión Howden. El 17 de diciembre fue interpelado en el parlamento por Baring, y si bien aceptó haberse llegado a un nuevo acuerdo con Francia para acabar con el problema y mencionó a Gore, no quiso revelar las instrucciones dadas a Howden, y se regó a responder si éste dejó de lado las bases Hood como decía Rosas en el *Archivo Americano*.

El inefable Ewart, firme en su antirrosismo, acusó a Palmerston de ceder ante Rosas la clásica línea de la política inglesa. No fue a propósito de la Confederación, pero Palmerston pronunció ese día (refiriéndose a Rusia) una definición que quedó famosa y constituía la precisa respuesta a Ewart: “Es una política estrecha mirar a este o el otro país como destinados a ser los perpetuos aliados o los eternos enemigos de Inglaterra. No tenemos perpetuos aliados ni eternos enemigos. *Nuestros intereses son lo perpetuo y lo eterno*”.

El mensaje de apertura de las cámaras de Luis Felipe, en enero, que pronosticaba la “próxima reanudación de las relaciones comerciales con Buenos Aires”, sufrió críticas en la cámara alta. Guizot fue preguntado sobre estas esperanzas y se negó a revelarlas; tampoco quiso explicar la causa del fracaso de Walewski y por qué Inglaterra había levantado el bloqueo mientras Francia lo mantenía. La actitud de ambos cancilleres era el silencio, y era explicable porque habían comprendido el calibre de un adversario como Rosas. Sólo adelantó el francés que un nuevo comisionado, Gros, estaba en esos momentos navegando hacia el Plata.

En diputados, los *chauvins* tuvieron la palma del triunfo. Preguntaron dramáticamente si Gros iba a entenderse con Oribe y entregar a la cuchilla del “cortacabezas” a los franceses de Montevideo. ¿Iría Francia a dejarse arrastrar por Inglaterra a una política de contemplaciones con los “monstruos”? El 5 de febrero, *Levasseur* increpaba a un Guizot enmudecido si podía permitir que Francia “se sometiera dócilmente al salvajismo de un hombre capaz de embellecer con el nombre de *sistema americano* la expulsión de europeos y de franceses en particular”, *Drouin de L’Huys* destacaba que “Rosas no se había retractado todavía en lo más mínimo de sus arrogantes exigencias”, y *Lacrosse* pedía que “se hicieran esfuerzos adecuados para terminar gloriosamente la cuestión”, con un argumento muy francés: que Francia empleaba en el Plata una décima parte de sus fuerzas navales y gastaba tres millones de francos anuales en ellas; y había que sacarles provecho.

Guizot excusó su falta de respeto a la cámara por rehusar el debate, pero “no estaba en condiciones de entorpecer las negociaciones pendientes”.

En Montevideo: guerreros y conciliadores (enero).

Mientras tanto en la ciudad sitiada se enfrentaba la fracción guerrera o *argentinista* de Florencio Varela, Garibaldi y los *doctores*, apoyados en el cónsul Devoize, con la reacción de los *conciliadores* a *orientales* alentados por el cónsul Hood. Aquéllos decían que Francia, liberada del problema de Argelia por la rendición de Abd el-Kader⁹, haría mayores

⁷ En la situación interna en que estaba Guizot (una serie de escándalos financieros habían envuelto en 1847 a ministros, generales y almirantes; un duque y par de Francia —Choiseul-Praslin— asesinaba salvajemente a su esposa, una bien llevada campaña de *banquetes reformistas* reunía a la oposición dinástica con los republicanos), él no podía afrontar directamente a Palmerston. Prefirió acompañarlo en la tentativa de separar a Oribe de Rosas, con la idea de sabotearla y preparar la acción franco-brasileña que llevaría a los *ducados del Plata*.

⁸ “El barón Gros nombrado por este gobierno —escribe San Martín a Guido el 27 de octubre de 1847— goza de una excelente opinión, tanto por su carácter conciliante como por su honradez e instrucción; no obstante diré a Ud. que *orejeo* cada vez que veo dirigirse a nuestras playas a estos políticos, a pesar de lo que se dice de los sinceros deseos que estos países tienen de concluir definitivamente las diferencias con el nuestro. De todos modos yo estoy bien tranquilo en cuanto a las exigencias injustas que puedan tener estos dos gabinetes, porque todas ellas se estrellarán, con la firmeza de nuestro don Juan Manuel. Por el contrario mis temores en el día son que esta firmeza se lleve más allá de lo razonable... En fin, Dios dé al general Rosas el acierto de conciliar la paz al mismo tiempo que el honor de nuestra tierra”.

⁹ El caudillo argelino había capitulado el 23 de diciembre de 1847.

esfuerzos en el Plata; el ministro Herrera, y sobre todo Florencio Varela desde el *Comercio del Plata*, aseguraban la participación de Brasil. Pero los *conciliadores*, a pesar del destierro de sus jefes (Rivera, Flores, Pereyra), se mantenían agresivos; preparaban un motín para el 11 de enero, que la energía de Garibaldi (jefe de las fuerzas militares) y Varela (el cerebro del gobierno) hicieron fracasar apresando a los principales comprometidos. Fueron patrulladas las calles “porque la experiencia nos ha demostrado que sólo por la energía se puede gobernar en nuestro desgraciado país”, escribe Herrera a Lamas el 14, asegurándole “estar dispuesto a dar palo con mano pesada”.

El levantamiento del bloqueo inglés había reducido la entrada de la aduana, poco favorecida por la forma arancelaria como los franceses llevaban el suyo. “Estamos luchando desesperadamente con nuestra situación”, escribe Herrera el 9 de febrero. “El desaliento era general —dice Bustamante en su libro—. Los pueblos del alto Paraná (Corrientes) habían sucumbido cayendo ensangrentados y humillados a los pies del Dictador. El Uruguay

estaba perdido completamente y la posición de la República era muy difícil en aquellos momentos. Las entradas de la aduana no existían...“ El 11 de marzo el malestar llegó a su máximo: la misma paralización, la misma ansiedad, las mismas dificultades pecuniarias”, escribe Herrera, pero *no son las mismas* porque los vascos se amotinaron porque no se les pagaba “y quisieron hacer de las suyas”. Nadie quiere seguir la guerra, y solamente el Comercio del Plata hablaba de ella concentrando el rencor de los *conciliados*. Se dijo que Rivera escapó de Río de Janeiro para ponerse al frente de su partido como en 1846, y apoyar la pacificación encargada a Gore y Gros, que estaban en Brasil. Los atentados personales eran continuos y la policía recomendó a los vecinos no salir de sus casas.

Asesinato de Florencio Varela (20 de marzo).

Gore llega a Montevideo la noche del 17 en la fragata *Inconstant* y Gros el 19 en el vapor *Magellan*. No desembarcan porque la ciudad no es segura, y peligraban sus vidas.

La noche del 20 es asesinado Florencio Varela al disponerse a entrar a su casa de la calle Misiones. Pese a los consejos, salió de su domicilio entrada la tarde respondiendo a un llamado urgente y regresaba a las 7 y media, puesto el sol. Alguien que lo esperaba en las sombras le hundió en la espalda una daga o cuchillo causándole la muerte. Después se supo que fue un contrabandista canario de pésimos antecedentes, Andrés Cabrera, sin duda pagado para cometer el crimen. Un hombre misterioso —a quien nadie detuvo— le señaló la víctima.

Varela era odiado por los *conciliados* por su campaña belicista en el *Comercio del Plata* y su intervención personal en la política. Herrera y Obes informa a Lamas el 27 que el matador de Varela había escapado al Buceo “y tiene cómplices aquí *de levita*” (*de levita*: es decir, hombres de la Defensa). Lamas se hizo eco desde Río de Janeiro de acusaciones fundadas y escribe a Herrera el 18 de noviembre: “El gobierno lo tapó todo, y envió a los hombres y la mujer que estaban con Cabrera al campo de Oribe. De eso que llaman hechos, concluyen que la persona o personas comprometidas, estaban comprometidas con usted”. Herrera niega connivencia con los *conciliados*: “¿Cree V., Lamas, que yo soy el cómplice del inaudito y bárbaro asesinato del desgraciado Florencio, y el alevé y perverso traidor que su torpe corresponsal designa?” (21 de diciembre).

Por propaganda política, el crimen será endilgado a Oribe y Rosas. La imputación no tenía sentido en 1848 y nadie la hizo seriamente por entonces. Pero después de la caída de Oribe y Rosas, se pretendió fraguar un proceso para enlodar a ambos y, quizá, quitar responsabilidades a los verdaderos autores. No se llegó a nada.

La opinión entre los historiadores uruguayos la da Magariños de Mello: “El asesinato habría obedecido a las feroces luchas internas de las facciones que en la plaza sitiada se disputaban el dominio. Varela era el campeón de la resistencia, el *leader* de la facción doctoral partidaria de la continuación de la guerra y enemiga a muerte de la facción caudillista”.

Es una leyenda que al día siguiente de la muerte de Varela, Valentín Alsina, nuevo director del *Comercio del Plata*, sacó el diario con un epígrafe: “Anoche ha sido asesinado el doctor Florencio Varela; sepan los asesinos que desde hoy ocupa su lugar el doctor Valentín Alsina”. El periódico dejó de salir más de cuarenta días; reapareció con la mención de su nuevo director, Alsina, y su fundador, Varela, “asesinado alevosamente el 20 de marzo”. No hizo jamás una imputación de insinuación de quienes pudieron dirigir el brazo de Cabrera. Decía Lamas desde Brasil el 18 de noviembre: “Usted (el ministro Herrera) se empeñó en que no se escribiese sobre el alevé y atroz asesinato de Florencio para *no encontrar los ánimos*”. Los ánimos entre las facciones montevidéanas, se en tiende, porque ni Lamas ni Herrera tenían interés, por el contrario, en apaciguar el odio a Oribe y Rosas.

Gestiones de Gore y Gros.

El asesinato de Varela hizo comprender a Gore y Gros que era más conveniente seguir a bordo del *Inconstant* y el *Magellan*, y desde allí realizar todas las gestiones. No estaba Montevideo para desembarcar.

Por nota conjunta del 21 notificaron a los gobiernos argentino, de Montevideo y a “S. E. el señor brigadier Manuel Oribe”, que “acababan de llegar a la rada... animados por el deseo de restablecer por una serie de actos colectivos el orden y la paz sobre la costa oriental del Plata”. Arana, en nombre de Rosas, respondió que “le será satisfactorio observar que los esfuerzos de VV. EE. tiendan a dar por resultado el restablecimiento de las buenas relaciones entre los gobiernos de Francia e Inglaterra y las repúblicas del Plata” (24 de marzo); Villademoros por el “Excmo. señor Presidente de la República brigadier d. Manuel Oribe” había contestado el 22 “conmovido por una manifestación tan noble y cordial”; y Herrera y Obes como “ministro de relaciones exteriores de la República del Uruguay” agradeció en la misma fecha “la persistencia y uniformidad en la acción común”.

El *Archivo Americano* llamó “insidiosa en su plan, torpe en su ejecución, ridícula en sus resultados” la misión de Gore y Gros. Empezaron por hablar “como si estuviésemos bajo su alta jurisdicción y dominio... intervenir, no como amigos, sino como árbitros protectores y garantes, cuando los tratados apenas les conceden la calidad de huéspedes; dictar autoritativamente las condiciones de una paz... es hacer dudar de la sinceridad de sus sentimientos”.

El 22, apenas recibido el acuse de recibo de Villademoros, le dicen que “vienen a recordar a S. E. que en otras ocasiones se había comprometido a dar una completa amnistía a los Indígenas (nacionales)” y la seguridad que las personas o propiedades extranjeras serán garantizadas “en caso que la suerte de las armas o *cualquier otra causa* le abriese las puertas de Montevideo”. Oribe contestó el 24 ratificando su promesa. Rosas, a quien Oribe informó, le hará notar el 26 que los comisionados “se proponen claramente dividir la cuestión, dando a la presente negociación un carácter puramente militar, dejando los asuntos políticos sin una solución correspondiente”, cuando la sola solución consistía en aceptar las bases Hood.

Mientras Oribe consultaba con Rosas, Gore y Gros escribieron al gobierno de Montevideo “invitándole a tratar con el general Oribe tomando por base la amnistía completa respecto a los indígenas y la seguridad de las personas y propiedades extranjeras”, bajo la amenaza que, de no hacerlo, “se considerará como terminada la mediación y se levantará el bloqueo a ambas riberas del Plata por la escuadra francesa” (28 de marzo).

Herrera no entendía gran cosa de lo que pasaba. El 27 habla escrito a Lamas que los ministros están a bordo” y sólo se comunicaban con él en forma oficial. No le importaba que “el comodoro Hebert y el cónsul Hood trabajen por Oribe a camisa remangada y sin careta, no se paran en medios para infundir el desaliento y llevarlo a su último extremo”, pero lo grave era que “Hood dice en secreto a cuantos quieren oírle que Oribe entrará a concluir su presidencia, que ha visto las bases o resoluciones de los gobiernos”, y Devoize y Lepredour “pese a sus simpatías con nosotros” parecen “dos pobres hombres sin resolución” que aceptaban el pensamiento de los británicos, “y son tan extravagantes (con nosotros) que participaban del mismo embozamiento y nos dejan en las tinieblas... ¡Confesemos, mi amigo, que hay en todo esto más que fundados motivos para ser americano a lo Rosas!”. Bustamante se planea que Gore y Gros dijeran “al gobierno de Montevideo: si no tratáis con Oribe y admitís las condiciones de su triunfo reconociéndolo como presidente legal, os abandonamos completamente no obstante nuestros compromisos y los sacrificios que habéis hecho por nuestra culpa... Y todo eso ¿por qué?... Porque Rosas desprecia los cañones de Trafalgar, de Abukir y de Navarino”

Los de Montevideo nada podían hacer sino aceptar. Herrera escribe a Lamas el 1 de abril que “contestaré hoy o mañana (la nota del 28 de marzo) en el único sentido que me es permitido hacerlo: es decir, diciendo que sí... La infamia no puede ser mayor. ¡Una intervención que ha prolongado todas las calamidades de esta guerra desoladora con sus fementidas esperanzas, concluye su misión por obligarnos a esta capitulación y sacrificar esa *independencia* que tanto se obligaron a garantizar por que tan comprometida la veían con las pretensiones de Rosas! ¡Hay para maldecir, mi amigo! ¡Qué lecciones!”.

El 2 de abril, como lo anunciaba, respondió a la nota de los interventores que “... está pronto a entrar en arreglos de paz con el general Oribe bajo los auspicios de los señores plenipotenciarios”.

Garibaldi veía “que la intervención francesa se debilitaba, no quería emplear más medios de guerra, sino diplomacia y Rosas se burlaba de ésta”, y que “el gobierno oriental impotente por falta de medios, tenía que conformarse con el dictamen de los interventores. ¡Situación deplorable! *Infelices los pueblos que esperan su bienestar del extranjero*”, dice en sus *Memorias*. Resolvió entonces abandonar Montevideo. Con 63 de sus compañeros se volvió a Europa.

El 5 de abril Gore y Gros, que habían conseguido una cesación de hostilidades mientras se tramitaba el arreglo, notificaron a Oribe y Herrera “*sin tener la más mínima intención de dictar la naturaleza de estos arreglos...* (que) están ordenados señalar las bases de la pacificación”:

- 1) Oribe despedirá a las tropas argentinas.
- 2) Las legiones de Montevideo serán disueltas y desarmadas.
- 3) Ambas operaciones serán simultáneas.
- 4) Las fuerzas navales anglofrancesas ayudarán a realizarlas.

Oribe presenta nuevas bases (21 de abril).

Herrera acepta el 7. Oribe se preparaba —como lo dice a Rosas— a “contestarla de un modo absolutamente negativo”, cuando recibió la visita de los interventores en el Cerrito ¹¹. De esta conferencia “seguida de otras muchas” salieron las bases que Villademoros presentó el 21 de abril a manera de contrapropuesta, con el asentimiento de Gore y Gros, y *pendiente del acuerdo de su fiel e ilustrado aliado*:

- 1) El gobierno de Montevideo reconocerá a Oribe como presidente legal.
- 2) “Para echar un velo sobre lo pasado y preparar a su patria una paz durable”, Oribe se compromete a anular las confiscaciones por causas políticas.
- 3) Habrá amnistía para los *hijos del país* y seguridad para los extranjeros.
- 4) Se exceptuarán “aquellos emigrados argentinos cuya residencia en Montevideo pudiese dar justos recelos al gobierno de Buenos Aires”.
- 5) Los extranjeros armados por Montevideo entregarán sus armas a Oribe.
- 6) “Ejerciendo el general Oribe la plenitud de sus derechos”, no serían necesarias las tropas argentinas, que se retirarían en la forma que convinieran de común acuerdo Oribe y Rosas.
- 7) Estas dos operaciones serían simultáneas.

Como complemento, Gore y Gros se comprometen “confidencialmente” a:

- 1) Levantar el bloqueo francés.
- 2) Evacuar Martín García.
- 3) Devolver a la Confederación los buques apresados.
- 4) Saludar al pabellón argentino con 21 cañonazos, pero *el saludo será contestado inmediatamente*.

Hará constar Villademoros que la convención era “contraída solamente a la pacificación del Estado Oriental, y en nada entiende afectar intereses de otro orden vitales para la República, como lo son las que la ligan con la Confederación Argentina”.

Herrera y los hombres de Montevideo quedaban al margen. El 14 de abril aquél escribe a Lamas: “La negociación va muy despacio. Oribe aún no ha contestado si quiere o no tratar con nosotros; los ministros han pasado todo un día con él. Parece que hay la mejor inteligencia entre ellos. Ayer tuve con Gros una larga conferencia, pero no he sacado más en limpio sino la certeza que vienen decididos a sacrificarnos e irse *sea como sea*; a este respecto ha sido explicito

¹⁰ Mármol, según Bustamante, escribía que “era tomar a Oribe de la mano y conducirlo a Montevideo”; Carlos Pereyra comenta: “Exactamente; como se lo había tomado por el brazo y se lo había arrojado de la ciudad”.

¹¹ Gore y Gros conferenciaron en *Villa Restauración* con el ministro Villademoros. Oribe no quiso hacerlo personalmente para guardar el protocolo de un jefe de Estado.

el barón. *No tenemos más tabla de salvación que la terquedad de Rosas, mi amigo!*”. El 22: “Los plenipotenciarios fueron al campo enemigo el 20, permanecieron allí desde las 10 de la mañana hasta las 5 de la tarde, y según parece obtuvieron de Oribe que hoy contestaría por escrito a la nota del 5. Veremos qué sale del parto. M. Devoize que es muy nuestro me ha asegurado que después de un debate de 6 horas, Oribe adhirió a lo que querían los plenipotenciarios. Yo lo dudo... Tengo la convicción que la intervención viene decidida a reirse de todo y cometer la infamia más horrible. Nos entregarán ligados de pies y manos a Oribe y Rosas... Yo no sé lo que será esto el día que la infamia se conozca. Pero si es verdaderamente lo que dice Devoize, espéreme, mi amigo, por ahí (Río de Janeiro) ... Sé en estos momentos que vienen a tierra los plenipotenciarios a decirme que si resistimos a admitir a Oribe como Presidente, y esto no permite concluir la negociación, la intervención se retira en el acto y entregarán a Rosas escuadras, etc., etc. Es Devoize quien, en mucha reserva, me lo manda a decir”.

Rosas se opone (8 de mayo).

El 8 de mayo Rosas hizo saber a Oribe que se oponía a cualquier arreglo que no fuera la aceptación lisa y llana de las bases Hood. “Los Excmos. sres. ministros —decía su nota— se presentan en carácter de mediadores cuando sus gobiernos son beligerantes. Reconocerlos como mediadores importaría sancionar las intervenciones europeas en nuestras cuestiones y sus consecuencias de un modo funesto para el porvenir de nuestros Estados”. No podía aceptarse que aquellos extranjeros se fuesen por el foro después de reponer las cosas al estado de 1838, como si nada hubiera pasado. Había pasado mucho, y debería pagarse a precio de laureles.

Para Cady “las explicaciones de Rosas difícilmente pueden tomarse en serio”. Comparten su opinión muchos historiadores argentinos y orientales, aun partidarios de Rosas. En cambio el mejicano Carlos Pereyra defendió a Rosas: imagina las palabras que éste podría, haber dirigido a Oribe: “Es usted un imbécil y voy a demostrarle que no entiende la situación. Cuando las fuerzas argentinas hayan desaparecido de la Banda Oriental y usted domine en Montevideo, recibirá usted un llamamiento de los caballeros Gore y Gros que le darán a usted la orden de limpiarles las botas. Una de dos cosas: o acepta usted la orden, limpia las botas de los señores Gore y Gros y nos despedimos para siempre de la independencia del Uruguay, o se enfurece usted, rehúsa, lo reembarcan y viene a peirme como en 1838 que mande fuerzas para reconquistar el territorio uruguayo, hoy sometido a usted. Pero yo no estaré ya en Buenos Aires. El loco Urquiza limpiará las botas de los franceses y de los ingleses en el Paraná. ¿Comprende usted? Lo felicito si comprende, pues muchos historiadores, y no enemigos míos, sí mis panegiristas, van a decir allá por 1911 que fui un ser absurdo, un obstinado que no quiso aceptar la resolución salvadora de los señores Gore y Gros”.

En Montevideo se enteran con alegría imaginable de “la obstinación” de Rosas. Aprovecha Herrera para contestar el 12 de mayo la nota (del 27 de abril) de Gore y Gros presentándole *las bases* de Oribe: dice que “no son las bases propuestas por los mediadores... (sino) una serie de artículos que no se saben si son exigencias perentorias o meras propuestas. En fin, todo menos lo que se ha pedido”.

Oribe, con la oposición de Rosas a la vista, retira sus bases el 17 de mayo:

“...habiendo este gobierno pasado a manos del Excmo. de la Confederación Argentina, como su aliado en la presente lucha, copia de la convención proyectada... no ha creído el Excmo. gobierno mencionado ser el caso de retirar las tropas argentinas, no sólo porque no juzga preservados por la antedicha convención los derechos e intereses de las Repúblicas del Plata, sino que al contrario llama la atención de S. E. el Presidente (Oribe) sobre los graves inconvenientes que traería su consumación”.

Y el 22 notifica a Gore y Gros que “no teniendo ya objeto la suspensión de hostilidades por haber quedado sin efecto la negociación proyectada”, las renovará dentro de las 24 horas.

“¡La Francia es república!” (mayo).

Llega en esos momentos —adelantada a Rosas por Guido en un vapor fletado el 13 de abril— una noticia de esas “que abren época en la historia universal” (dice Lamas a Herrera): “¡La Francia es república!”. Las barricadas alzadas en París el 23 y 24 de febrero han dado por tierra con el gobierno de Luis Felipe pese a los cien mil, soldados de su guarnición. Europa entera está amenazada por una ola gigante de *republicanismo, socialismo y sufragio universal*.

Luis Lamas escribe desde Porto a su hijo Andrés: “No puedes figurarte cuál ha sido mi sorpresa al llegar aquí, donde supe en el momento el cambio de gobierno en Francia y los trastornos de que está amenazada toda Europa. ¿Qué será de nuestro desgraciado país? Con este cambio triunfa Rosas...”.

Moreno informa a Guido el 4 de marzo: “Las noticias que conduce este paquete son de tanto bulto y de una trascendencia tan grande para nuestro país y para todo el resto del mundo que basta... para persuadirse que la mano de la Providencia se ha explicado”.

Herrera, como si nada hubiese pasado y para quitarse el complejo de inferioridad ante los impotentes interventores, les *exige* el 20 de mayo que tomen una resolución contra Oribe dada la respuesta de éste. Gore y Gros le responden el 22 que su misión “se encuentra hasta cierto punto suspendida en consecuencia de los acontecimientos que han tenido lugar en Europa, y esperan nuevas instrucciones que modifiquen o confirmen las que tienen”.

Insiste Herrera el 27 con acentos de un auténtico canciller, y los interventores vuelven a decirle que han suspendido las negociaciones hasta ver qué viene de Europa. La situación de Montevideo es difícil, los defensores están abandonando sus trincheras y por la aduana no entra un vintén. El 29 Herrera pide a Gros que “se tomen las medidas indispensables para mejorar la situación y asegurar la defensa de la ciudad”, y el francés demora la respuesta. Herrera se descarga en Lamas: “Yo quiero fijar de un modo claro y preciso el estado de la negociación”, por que nadie le hacía caso (2 de junio).

Hay motines en Montevideo —que Herrera cuenta a Lamas el 2 de junio— “causados por una de nuestras medidas de hacienda. Los hemos dominado felizmente, pero de no haber sucedido así, ¿dónde estaríamos ahora?”.

Gros ha tomado una resolución: no sabe lo que pasa en Francia, pero no quiere asumir la responsabilidad de la pérdida de Montevideo. Ha deliberado con Gore que deben seguir sus gestiones como si no hubieran llegado los diarios con la noticia de la gran conflagración que hace presa de Europa. El barón dice a Herrera que con Gore han preparado notas muy duras contra Rosas. Después, el que venga atrás, que arree.

Notas “muy duras” (junio).

Gore y Gros resuelven dejar las cosas en el estado que tenían el 17 de mayo. Han cumplido su cometido: iniciado negociaciones con Oribe y Montevideo, que fueron viento en popa hasta que vino Rosas con su veto del 8 de mayo y obligó a la marcha atrás de Oribe. Por lo tanto, echarán el peso del fracaso a Rosas.

Por lo pronto le dirán “que su persistencia en atacar la independencia oriental comprometía muy seriamente su relaciones”. Llega en esos momentos el buque inglés *Champion* que trae desde el arsenal de Woolrich los cañones de Obligado que deben devolverse a Rosas. Con ellos irá el joven Hood a hacerse cargo del consulado inglés en Buenos Aires y llevará las notas *muy duras* de Gore y Gros.

Gros y Gore redactan su nota el 8 de junio. Es efectivamente *muy dura* y hasta *durísima*. Habían creído que “la paz iba a establecerse en estos países” cuando Oribe presentó un proyecto de convención, pero después fue “forzado a retractar su palabra” demostrando que si “tenía el deseo de dar la paz no tenía el poder para ello”. Como flecha del parto al retirarse “llenaban el deber” de decirle a Rosas que habían tratado exclusivamente con Oribe porque el gobierno argentino siempre se presentó como auxiliar de éste. Que Rosas debería respetar la independencia oriental en virtud de la convención con Brasil de 1828 y el art. 4 del tratado Mackau. Gore en la suya restablecía el bloqueo inglés que Howden había levantado en 1847.

No fue la nota con esa redacción ni en el *Champion* se embarcó el joven Hood. Hebert convenció a Gore que no convenía restablecer el bloqueo ni tener conflictos con Rosas.

Herrera, a quien, como siempre, se deja en el limbo, se sorprende cuando Gros le dice, el 13, que no solamente no habrá restablecimiento del bloqueo inglés sino que se levantará también el bloqueo francés. Gore ha debido ceder al buen sentido de Hebert, y Gros lo hará ante Lepredour. Por una vez en la historia los marinos enseñarán diplomacia a los diplomáticos. Herrera se queja a Gros de la *fatalidad*: “Es una fatalidad para ustedes, pero también lo es para mí, le responde dolido el barón.

Levantamiento del bloqueo francés y subsidio a Montevideo (12 de junio).

Montevideo no aguantaba cinco días más. Sin entrada de aduana no pueden pagarse las legiones, y Thiébaud amenazaba, como otras veces, con pasarse al Cerrito llevándose como rehenes al gobierno¹².

El 11 de junio Herrera escribe a John Le Long, en París: “Crea V. que estamos perdidos antes de 5 días”.

Pero Gros no quiere llegar a Francia dejando a Montevideo “en poder de Rosas”. Debe levantar el bloqueo francés a Buenos Aires, “porque si no andaríamos a los cañonazos” (con los ingleses), pero dejando a Montevideo la asignación suficiente hasta que los *citoyens* del nuevo orden parisino resolvieran qué hacer. El 12 de junio firma con Lepredour y el cónsul Devoize un *préstamo con cargo* de Francia a Montevideo. Por el gobierno de éste rubrica el curioso documento el presidente Suárez y los ministros Herrera y Batlle.

“Las autoridades francesas en el Plata queriendo ayudar a Montevideo hasta que los gobiernos mediadores conozcan los resultados de la misión... y proteger eficazmente a la numerosa población francesa que se encuentra en la ciudad... acuerdan a título de anticipo:

- 1) Dar un subsidio mensual de 40.000 pesos desde el 30 de junio.
- 2) Se pagará hasta que el gobierno francés tome una resolución al respecto.
- 3) El gobierno oriental lo destinará a la subsistencia y sostén del ejército.
- 4) El encargado de negocios de Francia *velará para que este subsidio reciba el destino especialmente afectado.*
- 5) El gobierno oriental se reconoce deudor por las cantidades que se entreguen e hipoteca las rentas de aduanas a partir de 1852 (porque antes estaban gravadas a Lafone) hasta su completo pago”.

Devoize entregó 20.000 pesos de adelanto, porque como decía Herrera el 11 de junio a John Le Long, “crea V. que estábamos perdidos antes de cinco días”¹³.

¹² Los legionarios de Montevideo solamente combatían y obraban por la paga. En la nota 4 del cap. II de este tomo se transcribe una elocuente carta de Thiébaud a ese respecto.

¹³ El subsidio mantuvo la *defensa* (o la apariencia de defensa) hasta que en 1850, firmado el convenio Lepredour, lo suplió el *subsidio brasileño* a cargo del banquero Irineo Evangelista de Souza.

Devoize, distribuidor del subsidio francés, sustituyó a Lafone como dueño virtual de Montevideo. La dominación del virrey francés resultó más dura que la del negociante inglés. Éste se limitaba a mantener el bloqueo de Buenos Aires por todos los medios, mientras Devoize hacía sentir que era procónsul de la ciudad: exigía al pobre Herrera que cerrara periódicos como *L'Action Française* que no tenían sus simpatías, que los jueces condenaran por *violación de domicilio* a los visitantes nocturnos encontrados en la casa de su querida, y devolvía las notas del ministro con rescriptos como “*Votre note est indécent*”. La correspondencia de Herrera con Lamas está llena de quejas por la conducta del distribuidor del subsidio.

Los románticos troyanos no estaban capacitados para ver la realidad. Cuando Melchor Pacheco y Obes se quejó en París de esta conducta y tomó como ejemplo lo que ocurriría en Francia si un cónsul extranjero se permitiera algo semejante, la cruel respuesta fue “*la France no reçoit pas de subsides*”.

Las sumas adelantadas por Francia se reintegraron al tesoro francés con Intereses. En 1850 Brasil tomó la *suite* de la *colonie* de Montevideo, que necesitaba como base de operaciones para su guerra contra la Confederación. Como veremos, suplió el subsidio, y

Asegurada la subsistencia de Montevideo, Lepredour informa el 16 de junio que ha levantado el bloqueo de la ribera argentina del Plata, “manteniéndolo para los puertos que ocupe el general Oribe en la occidental”. Gros puede embarcarse en el *Magellan* de regreso a Francia, mientras Gore queda en Montevideo como encargado de negocios.

Respuesta de Rosas (julio).

La nota *muy grave*, con los cargos contra Rosas, fue despachada como flecha del parto de Gore y Gros en dos remesas: el 8 y 16 de junio. Rosas brama de indignación, y como resultado el joven Hood, que fue en el *Alecto* a Buenos Aires a fines de junio, no consiguió que lo recibieran como cónsul inglés.

Los gestos de Rosas provocaban el entusiasmo de los sitiados de Montevideo que debían obedecer como títeres a quienes los pagaban. Herrera escribe a Lamas el 17 de julio: “Hood, que fue en el *Alecto*, aun no ha sido recibido, y es opinión general que no lo será mientras el gobernador de Buenos Aires no obtenga la satisfacción completa que solicita de la Inglaterra. Crea V. que cuando le veo proceder de este modo me reconcilio algún tanto con él porque, a lo menos, nos venga de las humillaciones, de las injusticias y de las maldades de esos orgullosos poderes que son tan cobardemente guapos con los débiles”¹⁴.

Las notas *muy graves* de 8 y 16 de junio de Gore y Gros son contestadas por Rosas el 15 de julio con un vibrante alegato que debió seguir al barón a Francia porque ya se había retirado allí.

“A la vista de los términos en que se ha desenvuelto la misión de V. E. y de su honorable colega, este gobierno no alcanza cuáles hayan sido los fundamentos bajo los que V. E. *ha mantenido las esperanzas que la paz iba a ser restablecida en estos países* que dice en su nota... La paz estaría concluida si V. E. y su honorable colega *no hubieran hecho la nueva negociación con entera separación de las bases Hood*, desconociendo a este gobierno como parte, como si VV. EE. fueran mediadores en una cuestión de terceros y no beligerantes que vienen a tratar las condiciones para que cese la desarmonía...

“No es extraño si, conforme a todos los principios reconocidos por las naciones, que el aliado de la Confederación haya disentido del proyecto de convención a que se refiere V. E., después de ponerse de acuerdo con su aliado, pues aquel proyecto se hizo depender para su realización del acuerdo común. *El Excmo. Sr. Presidente, etc. no ha sido ni forzado, ni inducido. Tampoco ha retractado su compromiso ni su palabra...*

“El gobierno argentino no reconoce la mediación de VV. EE. y cree que difícilmente el mundo civilizado verá en tales agresiones, tan injustas e inauditas, el carácter de una mediación unida o de concertados buenos oficios en favor de la paz... el gobierno argentino, en sus justas reclamaciones,

representa el derecho más sagrado de una nación independiente tan enormemente ofendida y atacada por semejantes violencias. De ellas no han debido desatenderse los gobiernos de Inglaterra y Francia con el pretexto que el gobierno argentino es auxiliar del gobierno oriental. Aun cuando no fuese, como es, aliado legítimo de éste.

“El gobierno de la Confederación ha sabido y sabe valorar las obligaciones de los tratados celebrados con respecto a la conservación de la independencia o integridad de la República Oriental. Nadie vela más que él por esa independencia, fundada en esfuerzos comunes con los propios orientales, y por la sangre de sus hijos, por su tesoro... Por la intervención anglofrancesa ha sido y son gravemente atacadas la soberanía, la independencia y la integridad territorial de ese Estado hasta el punto de poner bajo su influencia ese simulacro de autoridad que existe en la ciudad de Montevideo... La garantía de la independencia oriental pertenece a la Confederación Argentina y al Imperio de Brasil... lejos de haber defendido el gobierno de V. E. (Gore) o el de Francia la independencia de la República Oriental la han atacado y atacan manifiestamente...”

Cierre de comunicaciones con la escuadra anglofrancesa (15 de julio).

En la misma fecha —15 de julio— Rosas notifica a Lepredour, a propósito del levantamiento del bloqueo que...

“...no habiendo desaparecido por el levantamiento del bloqueo la intervención que tanto el gobierno de Francia como el de Inglaterra han asumido en las cuestiones de las Repúblicas del Plata, ni dádose satisfacción ni reparaciones... *continuará observando en los puertos argentinos a los buques de guerra ingleses y franceses del mismo modo que lo ha hecho hasta ahora...* por hallarse altamente ofendido el honor nacional”. Y considerando “inconciliable la presencia de los oficiales y tripulantes de guerra de Francia e Inglaterra en el territorio argentino, con el ardiente clamor nacional”, resolvió:

- 1) Mantener la incomunicación con los buques de guerra ingleses y franceses establecida el 27 de agosto de 1845.
- 2) Hacer la excepción de *llevarle* víveres al comandante Hebert (por que Inglaterra no bloqueaba los puertos orientales), sin aceptar que los marinos ingleses bajasen a tierra.

En la sala de representantes (octubre).

El 28 de julio el gobierno sometió a la sala su actuación en la misión Gore y Gros como lo hizo en los demás casos. La sala reunida el 18 de octubre empleó varios días en leer los documentos, y tras discursos de Baldomero García, Lorenzo Torres y Roque Sáenz Peña, aprobó la conducta del gobierno.

En esos momentos —octubre de 1848— la posición de la Argentina es más fuerte que nunca. Francia convulsionada por la revolución de febrero e Inglaterra a la expectativa de lo que está ocurriendo en Europa, han dejado de lado el problema del Plata.

Oribe pudo tomar Montevideo, cuya situación interna era deplorable pese al subsidio. El 16 de julio hubo otra revolución *orientalista*, con Enrique Martínez al frente; la siguieron casi cotidianamente movimientos de los cuarteles que querían voltear el

en 1851 se hizo cargo de la deuda hasta el último céntimo. Se cobró con gran parte del territorio oriental en los tratados con Lamas del 12 de octubre de 1851 que, después de Caseros, hará cumplir al nuevo gobierno oriental.

¹⁴ Sigue la carta de Herrera: “...Al paso que eso hace con la orgullosa Albión, don Juan Manuel está dándole de humano y generoso con sus enemigos. A todas partes manda emisarios llamando a los emigrados y ofreciéndoles puentes de oro, en un lenguaje lleno de patriotismo y de liberalidad... ha fijado edictos ofreciendo todo género de garantías a los emigrados políticos y recomendando a las autoridades todas las acuerden la más señalada protección y castiguen severamente a quien, de cualquier modo, los insulte. A don Julián Agüero, señaladamente, le ha mandado llamar con recados llenos de lisonja...”
gabinete. Pero los sitiadores, convencidos que tarde o temprano los anglofranceses desarmarían a las legiones extranjeras, no quisieron volcar sangre en un ataque decisivo.

5. 1848

El incendio de Europa.

El impulso nacionalista nacido en la revolución francesa y las guerras napoleónicas, había tomado diversos caminos. En 1830 *la monarquía de Julio* basada legalmente en el derecho del pueblo sustituyó al legitimismo de origen divino y *Luis Felipe, rey de los franceses*, reemplazaba en las Tullerías a *Carlos, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra*. Ese año Bélgica conseguía su liberación de Holanda, se iniciaba en Italia el *risorgimento*, los universitarios alemanes del *Sturm und Drang* conseguían la unión aduanera del *Zollverein*, se transformaban profundamente los clásicos partidos ingleses y Polonia se insurreccionaba contra el dominio ruso.

El nacionalismo burgués se presentaba bajo la forma de un *liberalismo* que imponía constituciones a los reyes de carácter divino. Al pueblo no le interesaban las constituciones, ni daba a la palabra *libertad* el significado individualista de los doctrinarios del contrato social. Pero la conducción la tenía la burguesía advenida al manejo de la política, que con su *chauvinismo* declamatorio quería hacerse intérprete del sentimiento nacionalista, mientras con su liberalismo sacaba ventajas a su clase social.

Hacia 1845 el impulso nacionalista parecía detenido. Francia gobernada por los burgueses del “centro”, vivía un régimen corrupto donde Guizot —personalmente honrado pero que usaba la corrupción en política— esperaba mantener indefinidamente con la comedia de los partidos dinásticos: el “centro derecha” de la *résistance*, dirigido por él, y el “centro izquierda” del *mouvement* cuyos líderes eran Thiers y Odilon Barrot. Mientras el *centro izquierda* reclamaba con Thiers “satisfacciones al honor de Francia”, el *centro derecha* gobernante concedía la intervención armada contra Rosas o el aplastamiento de Abd-el-Kader en Argelia, como si toda la política francesa girase en expediciones lejanas y reivindicaciones coloniales. La “derecha” legitimista y la “izquierda” republicana permanecían al margen del juego político orleanista. En Alemania, el formidable movimiento nacionalista, nacido en 1813 como una interpretación del alma germana, no pasaba de las frases de Fichte en las universidades y *gymnasiums*, mientras Prusia y Austria querían aprovecharse del movimiento unificador; en Italia el *risorgimento* se quedaba en reuniones carbonarias alentadas por Mazzini desde el exilio. La burguesía, al conducir el nacionalismo e imprimirle su sentido de clase, lo alejaba del pueblo. Estaba instintivamente contra lo popular: opuesta al feudalismo de los Borbones y Habsburgos —los *tiranos*— llamaba con